

NIPPUR

DE LAGASH

UN MISTERIO
LLAMADO MUERTE

ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA



50
ANIVERSARIO

Vol 5

**UN MISTERIO LLAMADO
MUERTE**

**LOS FANTASMAS DE SANGRE
NO MATES AL HOMBRE,
CAZADOR**

HOMBRES, DIOSES Y AGUA

EL CIEGO REY DEL SUEÑO

YO VI A GILGAMESH

BUSCANDO SU MUERTE

ENNAM, EL DE LOS PANTANOS

NIPPUR de LAGASH

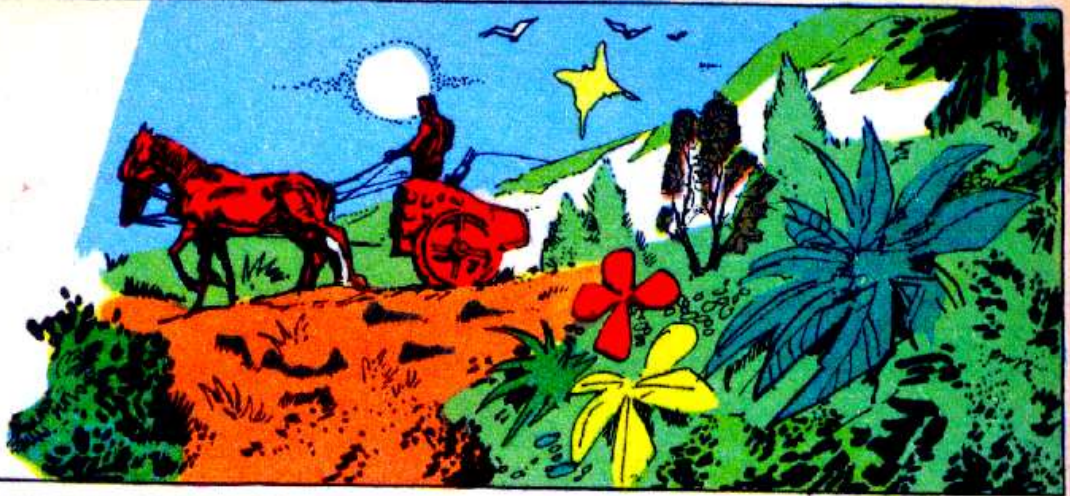
UN MISTERIO LLAMADO MUERTE

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Qué bellos son los días cuando el desfile del sol se va alargando y su barca de oro demora más y más sobre el cielo y hace crecer flores y pastos y agota los árboles bajo el peso de sus frutos. Los arroyos se ven limpios bajando a los llanos desde lejanas montañas que han sangrado su blanca sangre de nieve que luego correrá cristalina entre piedras pulidas y helechos rumbo a la mar inmensa.



Sobre mi cabeza cruzaban las blancas saetas de plumas y cantos, ebrios de sol y efluvios de aromas, volando locamente y cantando y piando sin cesar...



A apoyado en el filo de mi carro dejé vagar pensamientos y miradas a mi alrededor, sintiendo rejuvenecer mi espíritu dentro de mi piel agrietada y de mi experiencia antigua.



(Mira esas flores... Cada una de ellas es una obra de arte tal que no hay joyero ni artista hombre que sea capaz ni siquiera de aproximarse a su belleza...)



(Y yo las miro y estoy tan encallecido que debo hacer un esfuerzo para sentir algo... ¿Tan duro me he vuelto? ¿Tantos años me alejan ya de mi juventud? ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde mis años mozos tan alegres?)



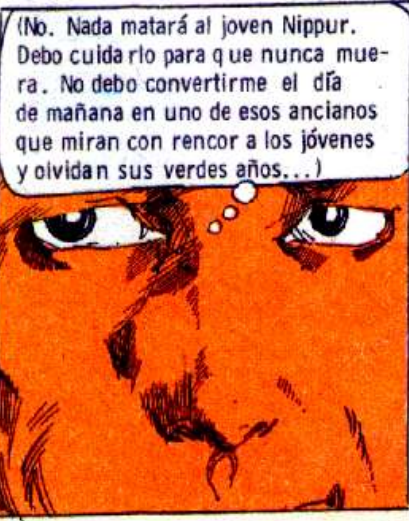
(¿Qué se ha hecho de aquel joven sumerio llamado Nippur que reía con una carcajada tan estentórea?)



(¿Es que le habían matado los caminos y las guerras? ¿Es que su sangre se había ido enfriando ante la falsedad de los hombres y la inconstancia de las mujeres?)



(No. Nada matará al joven Nippur. Debo cuidarlo para que nunca muera. No debo convertirme el día de mañana en uno de esos ancianos que miran con rencor a los jóvenes y olvidan sus verdes años...)



¡Arre! ¡Sigue tu paso, "Grajas"! ¡Arre!





(Un momento... ¿Qué ocurre aquí?
¿Qué hay de extraño en el aire?)



(Los pájaros no cantan...)



(En el camino hay algo...)



Los pájaros no cantaban. Sólo el viento continuaba golpeando las hojas de los árboles y doblando los tallos de las flores. Algo colgaba de las ramas de un árbol. Un fruto macabro. Sentí un regusto amargo en la boca. "Mis hermanos, los hombres, han pasado por aquí..."



(Es una aldea de campesinos... La han arrasado.)



(Veo por las huellas que arrearón el ganado y prisioneros... Excepto los hombres y las mujeres viejas...)



(Hombres de armas, jinetes y carros... Cincuenta al menos...)

No sentí ningún ruido ni vi sombras. Fueron las orejas de mis caballos las que me alertaron...



(Alguien está detrás mío...)

Agua tibia como la cuerda de un arco. En el momento de atacarme, quien fuera mi enemigo tendría que hacer un ruido delator...



(Espera, Nippur...)

Y de pronto un crujido de pedregullo y un jadeo...



¡Toma!

Lo aferré de los cabellos cuando pasó junto a mí...



... y le clavé mi rodilla en las costillas con tal fuerza a que las sentí retumbar como un tambor.



Pero..., es un niño...



Me incliné sobre ese cuerpo flaco y doblado por el dolor y lo enderecé. Vi una carita grisácea y los dientes nudosos en la boca gimiente...



Enderézate despacio... Eso es... Con cuidado. Es peremos que no tenga nada roto.



To ma. Un poco de vino te hará bien...



Y ahora dime quién eres y de dónde has salido. Me entristece descubrir que he golpeado a un niño aunque ese niño haya intentado separarme los huesos de la espalda con un cuchillo. Había...



Perdón, señor... Creo que me precipité en actuar, pero culpo a mi miedo y a mi rabia... Mi nombre es Turmo...



Señaló con un gesto amplio las ruinas humeantes y los cadáveres bamboleantes.



Entiendo. ¿Creíste que era uno de los que exterminaron a tu gente? -Sí... Ellos también llegaron con carros, escudos y lanzas. Pidieron ganado y forraje. El anciano de la aldea comenzó a explicarte que no podían darte nada sin correr el riesgo de pasar hambre nosotros. Un hombre a caballo se adelantó. Un hombre muy hermoso de cabellos amarillos muy largos. Llevaba un buitre sobre el hombro. Sonreía. Yo que estaba oculto tras un matarral creí que sería un dios.

"Se detuvo ante el anciano. Sin dejar de sonreír lo tendió de un lanzazo. Luego gritó órdenes y sus hombres rieron, quemaron, mataron y saquearon. Yo lo vi todo."



El buitre volaba de aquí para allá chillando hasta que volvió al hombre del jinete. Se llevaron a los jóvenes del pueblo y se alejaron.



Yo me oculté cuando comenzó todo y sólo salí de mi escondrijo cuando el ruido cesó. Lloré y me arrañé los cabellos sobre los cuerpos de mis padres y entonces oí llegar tu carro.



Quise matarte. ¿Sabes? Mis tres hermanas fueron llevadas con los invasores. Mis únicas hermanas.



Déjame pensar.



Ver. Sube a mi carro.

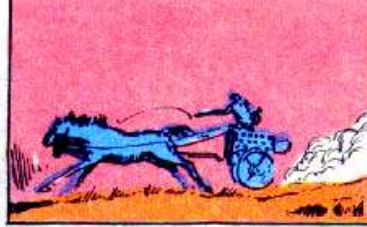
¿Yo?





¡Sí, tonto!
¡Apura!

Cuando Turmo se hubo afirmado con fuerza en el carro, sacudí las riendas salvajemente y gritando en el estilo de los aurigas helenos lancé mis caballos en una loca carrera por el camino de tierra.



¡Señor! ¡Señor! ¡Vamos en dirección a los asesinos!

¡Lo sé! ¡No te preocupes!



Mi carro volaba y rebotaba en los pozos y desniveles de la tierra lanzando piedras y polvo en nubes a nuestro paso. El viento atronaba en mis oídos y podía sentir el salvaje vigor de mis caballos llegar a mis manos a través de las riendas como si éstas fuera n venas que nos unieran en un solo ser.

Y de pronto desembocué en un pequeño valle redondo y cubierto de vegetación y vi carros y tiendas en un extremo.

¡Son ellos! ¡Huyamos!

No.



Detuve mi carro no muy lejos de ellos y descendí. Turmo, aterrizado, se pegó a mis talones mientras yo avanzaba hacia los mercenarios.

Ven, intentaremos algo contra esta caterva de perros de mala raza.



Los mercenarios se habían puesto de pie al verme llegar. Eran hombres de diferentes pieles y razas, pero hermanos todos en la brutalidad que los empapaba como si estuvieran bañados en grasa. Un gigante de pelo negro y torso de buey me gritó.

¡Alto! ¿Quién eres y qué quieres?



¿Eres tú el jefe de esta tropa?

Yo he hecho la pregunta, forastero. Contéstame, que no tengo mucha paciencia.



Yo me estaba arriesgando, pero me arriesgaba sabiendo con la clase de hombre con la que tenía que tratar y cómo debía tratarla. Escupí despectivamente al suelo...



¿Un cerdo me pide respuesta a mí? ¡Llama a tu jefe, bola de grasa!

¡Hijo de una perra!



¡Quieto!



Realmente parecía un dios, con su hermosa cabellera rubia, larga hasta la cintura y su rostro perfecto, casi femenino en sus facciones. Sobre su hombro, el bultito, repugnante e informe pareciera clavar en mí sus pupilas rojizas.



Soy Nippur y he servido en muchos ejércitos. Busco una plaza de guerrero que llene mi bolsa y mi estómago. Vi tus huellas y las seguí.

No tienes el tipo de mercenario, Nippur. No huelas a bestia ni apestas a cerdo como los que me siguen. Hablas lengua pura y clásica. ¿De dónde vienes?



De alguna parte como todos.

¿Y ese niño?

Es mi hijo. Va conmigo.



«Eres intrigante... Tal vez seas un buen soldado. ¿Eres fuerte?»



Di a dos de tus hombres que sostengan mi escudo en sus extremos.



Allí lo tienes...



Mira entonces...



Cerré el puño y me llené el pecho de aire hasta que no pude más. Entonces golpeé terriblemente, soportando el aire con un bramido.



Eres fuerte. Ven conmigo.



Espera un momento. Quiero recordar algo a alguien. ¡Eh, tú!

¿Yo?



¡Eh... ¡TÚ!

¡Ahhhh!

Está muerto.

Es una advertencia. Ningún hombre que me insulta vuelve a ver el sol dos veces.

Mi nombre es Lario y mi procedencia no importa. Basta con que sepas que nací rodeado de una guardia de honor y que mi nacimiento motivó bailes y ofrendas de agradecimiento a los dioses. Luego vinieron tormentas y extraños destinos y debí huir siguiendo el vuelo de los buitres.

Ahora encabezo esta horda con la cual me alquilo a los reyes durante las guerras y con la cual saqueo durante la paz. Llevo fuego y lanzas en mis manos y mi símbolo es el buitre, el comedor de carne muerta.

Estudié su hermoso rostro buscando algo. Sus palabras eran dichas con liviana indiferencia de un cortesano que habla de cosas sin importancia, pero en el fondo de sus ojos vi una llama helada y terrible. Comprendí que había secretos negros y fangosos en su pasado que lo habían convertido en un demonio.

¿Hay lugar para mí en tu ejército?

Sí, pero recuerda que quien ingresa en mi tropa debe olvidar al mundo que deja a sus espaldas. Sólo forman en mis filas aquellos que han sido malditos por los dioses y por los hombres. Sólo se licencia a los muertos.

Nada me sorprendió ya en él ni en la gente que lo rodeaba y a cada momento comprendía con mayor claridad quienes eran. Eran los malditos. Los rechazados. Los que provocaban el gruñido de los perros con su olor a muerte.

Acepto.

Entonces ve y dismantela tu carro. Puedes solicitar tu comida en cualquiera de los fuegos, pero ten cuidado. En cada campamento siempre dejas cadáveres por riñas.

El campamento era un caos. No había nada en él de orden militar ni cosa pa recida. Se oían gritos de ebrios y maldiciones.

(Esto no es una tropa sino un grupo de condenados a los infiernos. Su propia compañía es su castigo.)

Nippur, he visto a las cautivas. A las mujeres de mi pueblo. Están encerradas en una cerca de palos. Están sanas pues las guardan para venderlas como esclavas.

¿Esclavas? ¿Qué clase de carroña es ésta que nos rodea? ¿No tiene límites su vileza?



Escúchame bien, Turmo. Trazaremos un plan para intentar liberarlas. ¿Me oyes?

¿Liberarlas? ¿Qué haríamos con ello? No podríamos huir ni una hora sin que nos alcanzaran con sus carros.

No pienso solamente liberar a las mujeres, Turmo, sino exterminar a todo el grupo.

¡Señor! ¡Deliras!

Haz lo que yo te digo y nada más. ¿Ves aquellos barriles en aquel cerro?

Sí...

El valle donde habían acampado los mercenarios formaba una especie de fosa limitada de un lado por un precipicio y del otro por el camino. A los costados se alzaban rocosidades peladas imposibles de escalar.

(La única salida es el camino...)

(Por allí actuaré...)

Los alaridos de los borrachos eran cada vez más estentóreos y en alguna parte escuché el estrépito de espadas chocando. Las hogueras chisporroteaban alestadas de leña vomitando lluvias de chispas rojas hacia lo alto. Un aire tétrico y loco y demoníaco flotaba sobre el campamento.

(Sí. Un infierno... Un infierno lleno de demonios y en demoniados que se odian y que sin embargo están obligados a vivir uno junto al otro hasta la muerte...)

Y sobre todo ese infierno podía ver la sombra hermosa y sombría de Lario bajo las alas extendidas de su repugnante buitre, su símbolo de carroña y muerte.

(Y al frente de ellos... los dioses me ayuden...)

¡Nippur! ¡Todo está hecho!

Cálmate. Ahora debemos ir junto a los prisioneros. Tal vez haya centinelas custodiándolos.

Había uno, ebrio y maldiciente a quien mi cuchillo cortó sus maldiciones y curó su ebriedad por toda la eternidad.

Entra y dile a las mujeres que comiencen a arrastrarse hacia la salida del valle. Que lo hagan en silencio.

Sí...



Pude oír confusos murmullos de voces y luego silencio. Las jóvenes eran pastoras y montañesas acostumbradas a moverse en silencio.

(Ahora debo ver el aceite...)

No necesité acercarme a los carros para verificarlo. A casi un tiro de piedra mis pies ya chapaleaban en el aceite que formaba un lago en la entrada del valle.



(Excelente, Turmo hizo todo tal cual se lo indiqué. Ahora hay un mar de aceite entre los mercenarios y la salida del valle.)

Todas las muchachas han salido, señor.

Muy bien. Vayamos hacia el camino. He dejado mi carro cerca de él. Debemos sacarlo junto con los caballos.



Así lo hicimos y en la boca de entrada del valle vi un grupo tembloroso y fantasmal en la noche.

Son las mujeres.



Me volví al vallecito negro donde rugían las hogueras. Más allá estaba el abismo y la eternidad.

Los dioses sean piadosos con vosotros, asesinos. Que ellos lo sean...



¡Porque yo no lo seré!



Arrojé la antorcha sobre el aceite y fue como desatar a los demonios de los interiores de la tierra. Una selva de llamas brotó en trombas. La noche se iluminó con una feroz luz roja.



Los pastos no estaban resecos, pero el calor salvaje del fuego los devoró. Las llamas avanzaron silbando y bramando hacia el campamento. Oí gritos y pensé en los borrachos. Y pensé en los farallones imposibles de escalar de los costados. Y el abismo al otro extremo.



Y pensé que la muerte silbaba entre las llamas y el humo y entre los gritos y relinchos...

(Los dioses se apladen. Yo no puedo. Apenas si soy un ser humano...)



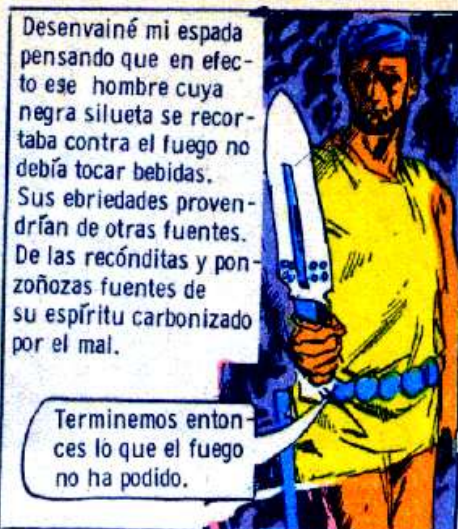
Y de pronto algo atravesó la cortina de llamas, algo como una sombra...

¿Qué...?





Yo, Nippur. Yo. Cuando vi el fuego empapé mi capa en vinagre y envuelto en ella atravesé las llamas. No temo al fuego ni estaba ebrio como mis hombres. Yo estoy vivo. Yo y mi buitro. Yo y mi espada.



Desvainé mi espada pensando que en efecto ese hombre cuya negra silueta se recordaba contra el fuego no debía tocar bebidas. Sus ebriedades provenían de otras fuentes. De las recónditas y ponzoñas fuentes de su espíritu carbonizado por el mal.

Terminemos entonces lo que el fuego no ha podido.



Sueñas, Nippur. Nada puede matarme. Ni el hierro, ni el fuego, ni la piedra, ni el rayo. Tengo fuerzas supremas en mí.

Hay algo que puede matarte, Lario. Algo que puede matar o dar vida a cualquier cosa.



¿Qué?

La voluntad de un hombre.



Sonrió diabólicamente y el fuego teñía de rojo sangriento sus manos, su espada, sus dientes y sus ojos y el viento hacía flamear sus cabellos de oro. El fuego continuaba rugiendo y el buitro revoloteaba locamente sobre nosotros.

Veamos.





Cayó de rodillas sobre el suelo y la espada se hundió hasta la empuñadura. Gemía roncamente y sus ojos le giraban incrédulamente en las órbitas.



Me miró un instante y todo su rostro hablaba de terror y sorpresa sin límites. Luego murmuró:

¿Quién...? ¿Quién eres tú? ¿En realidad?



Luego cayó y su rostro se hundió en el polvo. No se movió más.



Señor...

¿Qué?



Es extraño... Cuando mataste al demonio el buitre cayó a tierra de inmediato. Está muerto. Mira.

Sí. Es extraño en verdad.



Entonces miré otra vez el cuerpo de Lario y sentí un escalofrío al ver sus manos... Sus manos que instantes antes eran fuertes y jóvenes... -Se están arrugando, señor... Como si envejecieran...



Démosle vuelta...

No. Déjalo. Hay aquí un secreto espantoso que no nos pertenece y que podría privarnos del sueño durante todas las noches de nuestras vidas. Vámonos.

Vámonos.

Vámonos rápido. Los dioses están silenciosos y horrorizados en el viento. Huyamos antes de que se recuperen y borren estas pesadillas con su furia y su justicia. Huyamos.



Cuando estábamos ya lejos oímos el trueno y el aire se llenó de olor a tormenta. El viento comenzó a soplar con fuerza, helado. Me di vuelta hacia el valle. Todo estaba oscuro y sólo los relámpagos iluminaban con su luz el escenario.



Y yo, hombre que me escuchas, yo, Nippur de Lagash, comprendí que a pesar de no haberme asomado al terrible misterio igualmente había perdido el sueño de muchas noches.

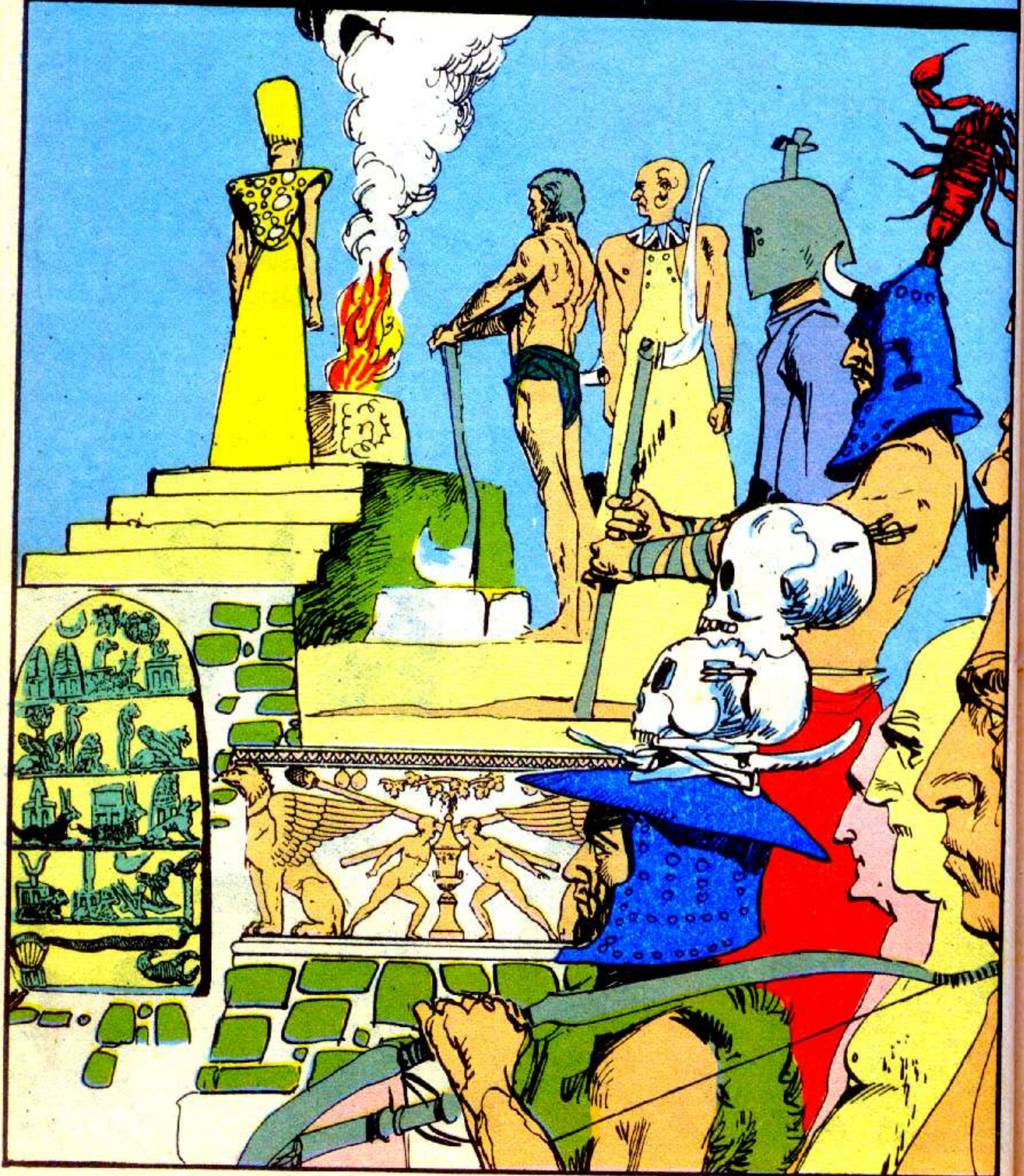


NIPPUR de LAGASH

LOS FANTASMAS DE SANGRE

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**





Pudo haber sido un animal o un pájaro, hasta el mismo viento que soplabla esa mañana. Cualquiera de esas cosas menudas y comunes pudo mover las ramas del arbusto.

Pero yo supe que no era ni un animal ni el viento aunque soplara. Intuí la presencia humana oculta tras el verde y las pequeñas florecillas pintadas.



(¿Serán asaltantes? Tal vez...)



(Allí veo algunos jóvenes... Parece que aguardan a alguien...)



No es el manco, Huri. Es sólo un viajero.
Ya lo veo. Ocultémonos otra vez.



(Ese al que aguardan debe ser más importante que sus mismas cabezas. El sol las ha transformado en patos a las brasas.)



Seguí de largo junto al matorral donde se ocultaran los jóvenes sin volver al cabeza. Ellos no llevaban armas y no parecían deseosos de molestarme.



Pero una sola vez doblado un recodo del camino detuve mi carro y lo dejé oculto entre los árboles. Luego desandé lo andado y...

(Estoy curioso...)



En las cercanías donde el grupo se hallaba me aposté tras una roca acomodando el cuerpo para la espera. El guerrero sabe cómo hacer para que la vigilia sea más soportable. Todo guerrero debe tener algo de cazador.



(Tal vez lo que hago es una tontería pero de todas maneras las tonterías son al hombre lo que las pulgas al perro.)





¡Toma! ¡Obedece cuando un hijo del Sol te da una orden!



Tú no eres hijo del Sol, Huri. Sólo eres un mortal de carne perecedera. No eres un hijo del Sol...



Esto te va a costar todo el aliento de tu cuerpo y la sal de tu alma, Murumin.

No temo...



¡Alto!



¿Quién eres tú? ¿Qué deseas?

Apártate de este hombre. No es bueno que muchos ataquen a uno.



Soy Huri, hijo del patesi de En-Mel-Arna, la ciudad de las orillas del mar, y tengo potestad para juzgar y sentenciar criminales. Por lo tanto no te coloques en el camino de la justicia.



Me ref de buen grado. Y Huri, hijo del patesi, pareció irritado.

No uses palabras rimbombantes, muchacho. La justicia es anillo que cabe en muchos dedos aunque esté hecho para uno solo.



Y ahora apártate de ese hombre.

Te advertí que...



Avancé un paso y apoyé la mano en la empuñadura de mi espada. Bastó ese gesto para que callara. En sus ojos se encendió la llama amarilla de los cobardes.

Sólo te haré una advertencia. Vete.



Retrocedieron paso a paso, buscando palabras o gestos que salvaran la humillación. Los jóvenes tienen cosquillas en su ánimo. Eso los lleva muchas veces a la muerte. Por fin...

No tenemos armas y no lucharemos, pero tú te arrepentirás.

Si tuviera un ladrillo de adobe por la amenaza de cada tonto con el que me he cruzado en la vida, podría levantar una torre que superara las tumbas de los reyes de Egipto. No juegues más con tu suerte. Vete...



Los observé hasta que se perdieron tras el camino de rocas y recién entonces me volví hacia el joven caído.



Déjame ayudarte.

Alzó su rostro hacia mí. Un rostro pálido, ajado y marchito con grandes ojeras y surcos de sufrimiento. Me impresioné.



¿Quién eres?

Me llamo Murumin, hijo del muerto patesi de En-Mel-Arna...



Allí manda ahora el padre de Huri, ¿verdad?

Lo llevé hasta mi carro y encendí fuego y cociné carne. Estaba famélico y devoró desesperadamente.



¿Cuánto hace que no comes?

No sé. He vivido en una salvaje pesadilla día tras día, en medio del delirio y la incredulidad.



Cuéntame...

"Mi padre era patesi en En-Mel-Arna; era un hombre justo y severo, sacerdote y soldado. El puerto dejaba grandes ganancias a la ciudad y mi padre las distribuía equitativamente evitando la riqueza desmedida en algunos."



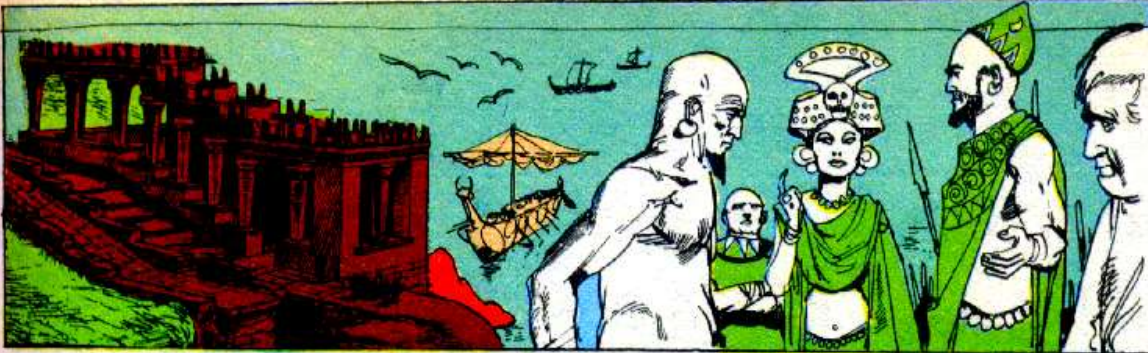
"Eso irritó a los mercaderes. Entonces mi padre tomó una decisión: los convocó para el juicio divino de sus actos. ¿Sabes cómo es?" - "No."



"Te lo diré. Los patesis son padres e hijos en nuestra ciudad desde tiempo inmemorial y vienen del linaje del hombre del brazo de fuego. En el templo junto al mar conservamos la llama que nuestro antepasado encendió."



"Allí, con la mano izquierda hundida en el fuego, mi padre conjuró a los dioses y casi de inmediato una bandada de palomas llegó junto a él. La voluntad de los dioses apoyó a mi padre."



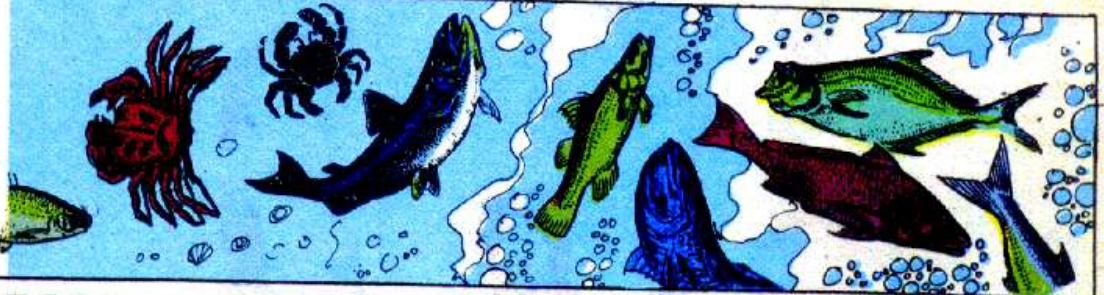
"Pero el mal estaba en marcha, ¡oh, sí que lo estaba! Mi padre no permitía que los habitantes de la ciudad tuvieran trato con los marinos y los extranjeros que comerciaban con ellos y la gente estaba descontenta."

"Los hombres de la ciudad querían acercarse a las mujeres extranjeras que danzaban con velos y las jóvenes suspiraban por los corpulentos guerreros que veían desde sus casas. Además querían el oro, las joyas y los vinos que el espíritu severo de mi padre no permitía entre ellos."

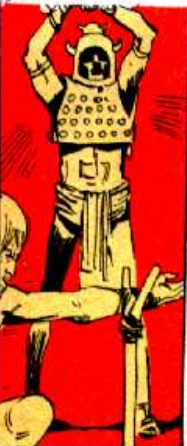


"Les pintaron libertades embriagantes y el pueblo miró con odio a mi padre. Y un día, cuatro jóvenes de túnicas negras se le acercaron cuando caminaba junto al mar."

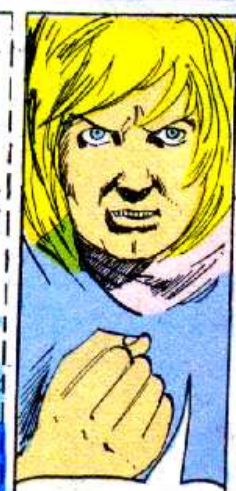
"Lo acuchillaron sin que él se defendiera. Cuando se sintió morir caminó hacia el mar y se dejó hundir entre las olas. Entonces el cielo se nubló, un trueno hizo temblar la tierra y los peces aparecieron muertos por miles en la playa."



"No se atrevieron a matarme por miedo a la cólera de los dioses y se conformaron con mutilarme para que nunca pudiera mi mano izquierda llamar al fuego y a los dioses."



"Desde entonces vago, loco de visiones por los campos sin alejarme de la ciudad. Siento tinieblas espantosas dentro de mí y fantasmas de sangre que me atormentan."



Y la ciudad canta y baila, ebria de libertinaje, borracha de placer ya sin el freno de mi padre. Maldita sea en todas las épocas por venir.



Deberías irte de aquí...

Lo he pensado. Deseo ir a un templo y consagrarme a la oración pues siento sabor a cenizas y vinagre cuando pienso en los hombres. Pero no puedo...



¡No puedo! ¡Hay fantasmas que me enloquecen desde el mar, desde el fuego y desde el aire! ¡Toda la naturaleza y sus fuerzas parecen estar hinchándose y a punto de volar sobre la ciudad!



Te matarán. Tú les recuerdas su delito. Hoy han intentado apedrearte. Mañana te apuñalarán. Debes irte.



No puedo...



¿Y tú? ¿Quién eres? ¿Qué eres?

Mi nombre es Nippur, el hombre de Lagash. Eso es todo.



Mañana bajaré a tu ciudad. Te dejaré mi carro y mis provisiones hasta que vuelva.

Correrás peligro si te ve Hurri. Sabe odiar...



No me aconsejes prudencia. Yo también tengo fantasmas de orgullo y de desprecio que me empujan.



(En-Mel-Arna... Hermosa ciudad...)



Entré por sus calles blancas de revoque y doradas de sol y comprendí la historia de Murrin...

(La ciudad se ha lanzado al desenfreno.)



¡Toma! ¡Bebe hasta ahogarte!



¡Tomen! ¡Tomen! ¡Soy rico! ¡Beban por mí!



(Ebriedad... locura... riqueza... La ciudad se ha convertido en una llaga infecta... Un caldo de veneno y corrupción.)



En alguna parte oí un grito y el estallido de vasijas rotas. El ruido de instrumentos exóticos se mezclaba con los alaridos de los apostadores de una riña de perros y un canto de marineros ebrios.



Hombres de todas las razas pululaban mezclados con el pueblo. Negros, amarillos, hicsos, egipcios de caderas angostas y helenos de hermosos rostros. Incluso vi hititas de corvas narices y ojos de bestias feroces.



Y entonces vi a Huri entre esos hititas. Debían ser guerreros contratados para proteger al nuevo patesí.

¿Tú...?

Estaba encantado y muy confiado en sus hercúleos hititas de cuellos de toro. Se acercó sonriente y excitado. Los hititas también se movieron con gran entorchocar de bronce y espadas, sombríos y alertas.

Me alegro de verte, extranjero. Recuerdo que fuiste muy insolente cuando yo estaba desarmado.

El cobarde es un hombre que siempre está desarmado aunque el peso de sus armas lo haga caer al suelo.



¿Cómo te permites hablar así? ¡Te...!

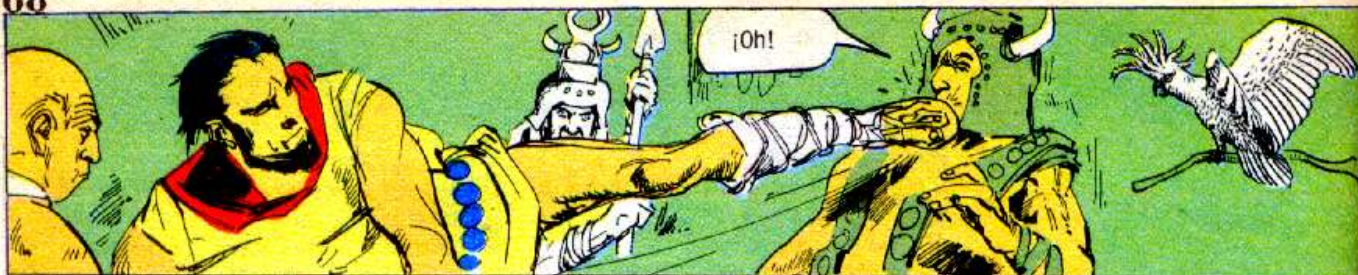


Los hititas lo miraron un segundo con desprecio. Luego pensaron en el oro y vinieron hacia mí.



No me gustan los hititas, esa raza dura y obstinada, cuya única cultura está en el filo de sus espadas y en las grandes espaldas de sus guerreros.





Resplandecían de oro y joyas pero no parecían felices. El patesi echaba vistazos furtivos hacia el mar que bramaba guturalmente desde la oscuridad como un animal al acecho...



Estás sentenciado a muerte, extranjero. Levantaste tu mano contra sangre de patesi, contra la carne de un descendiente de los dioses.



¡Mentira! ¡Mentira!



Es Murumin...

¡Háganlo callar!



¡No me harás callar, falsario! ¡No eres patesi! ¡No eres el elegido de los dioses sino el elegido del puñal y la traición!

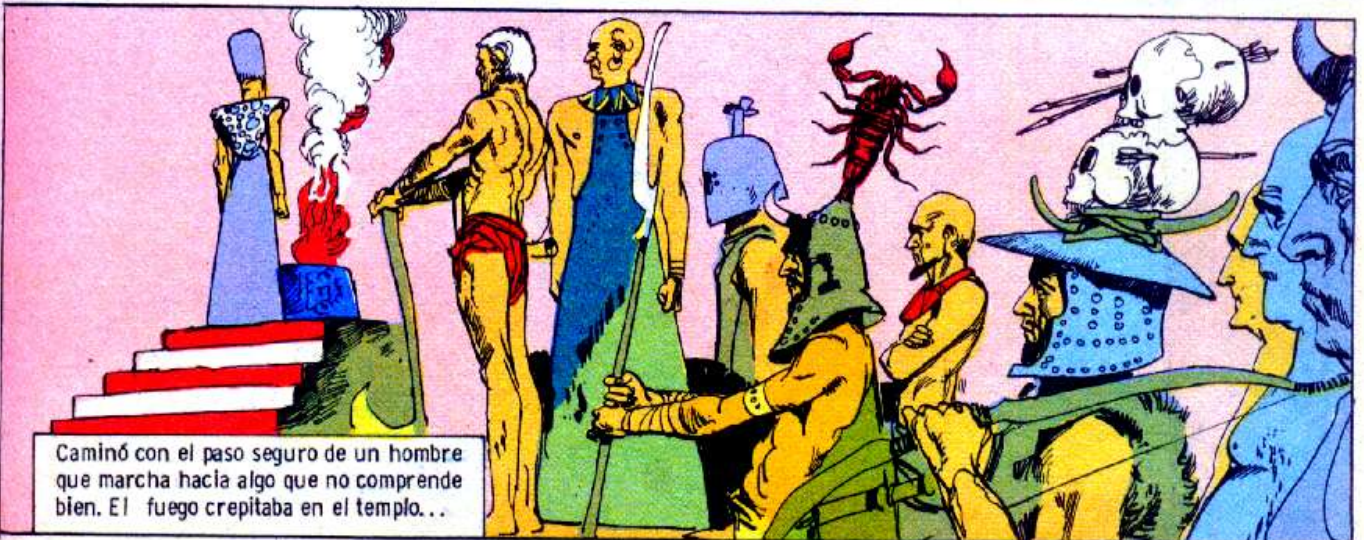


¡Soy patesi!

¡Pruébalo! ¡Pruébalo en el fuego! ¡Llama a los dioses! ¡Hazlo!



¡Lo haré! ¡Te lo probaré a tí y a todos!



Caminó con el paso seguro de un hombre que marcha hacia algo que no comprende bien. El fuego crepitaba en el templo...

Vi al patesi dirigirse al fuego como un espectro terrible y fantasmal. Las llamas encendían chispas en las lanzas y los cascos de los hititas.



(Entra en el templo...)

Lo vimos vacilar un momento frente al fuego...



Luego extendió la mano y la hundió entre las llamas.



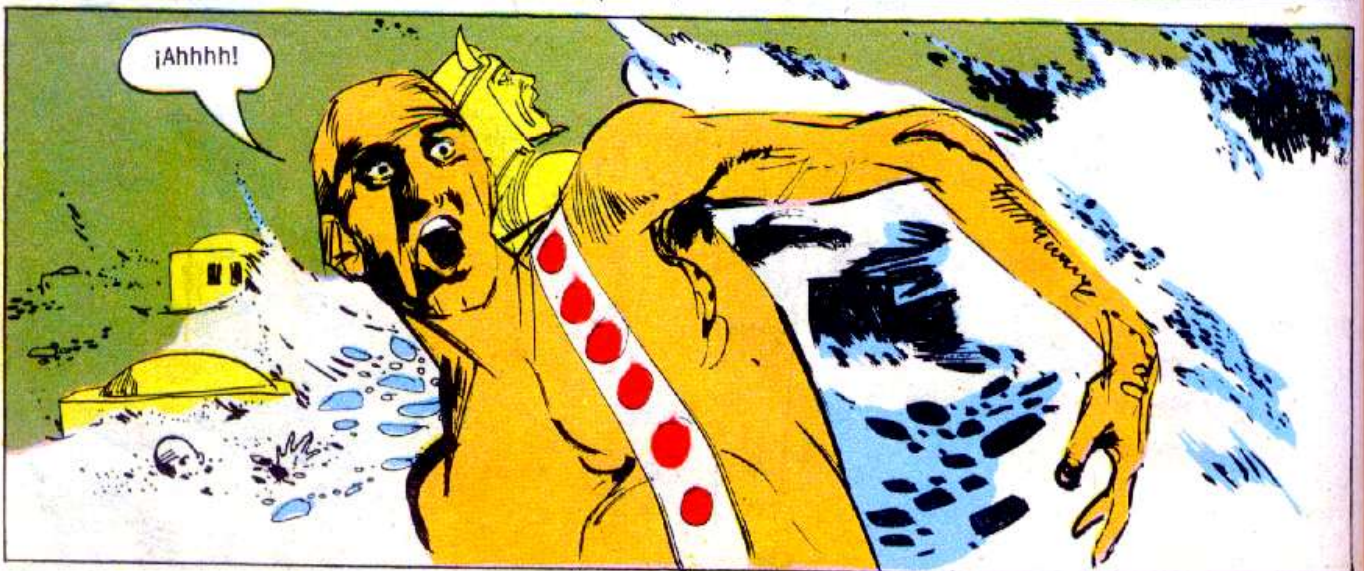
Tuvo un gesto triunfante y nos sonrió loco de soberbia.

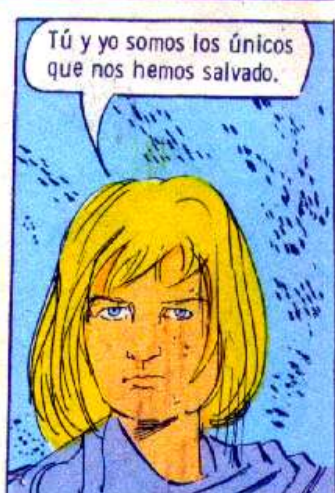


Entonces un trueno espantoso nos hizo rodar casi por los suelos mientras todo se estremecía.



Vi al patesi chillar espantado mirando las llamas como si viera algo terrible. Gritó:





Fin

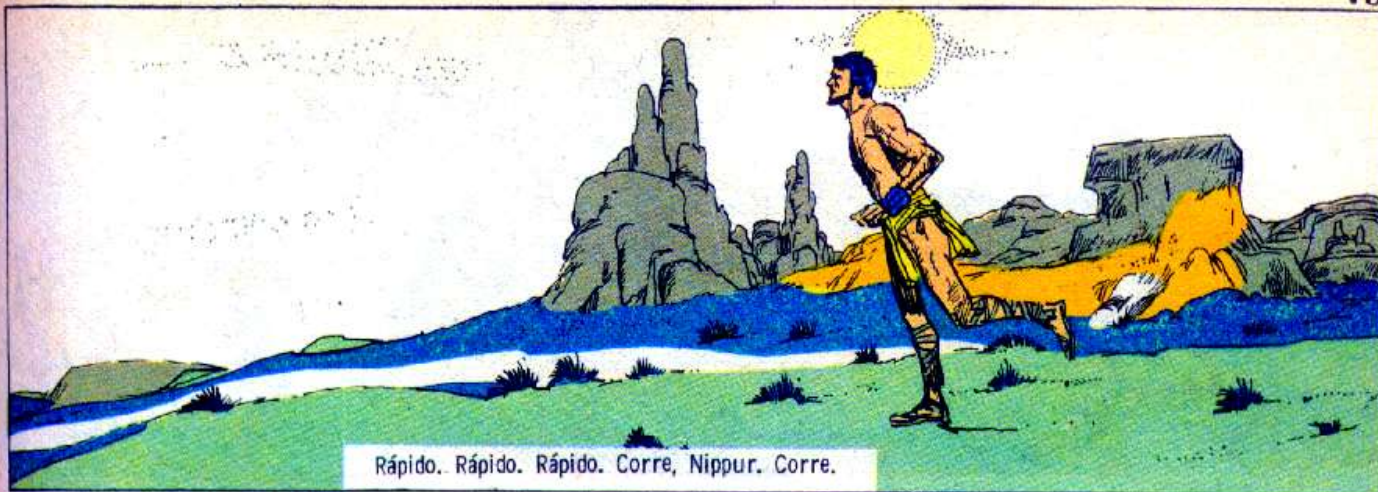
NIPPUR DE LAGASH

NO MATES AL HOMBRE, CAZADOR

Por ROBIN WOOD



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



Rápido. Rápido. Rápido. Corre, Nippur. Corre.



Piedras bajo mis pies y una rama espinosa que me hiere. ¡Corre!



(No los oigo... ¿ Los habré dejado atrás?)



(No. Allí siento los perros tras mis huellas...)

¡Sí. Los grandes perros negros de los hombres de Boca de Bronce están detrás mío, seguramente olfateando la hierba donde mis huellas serán como gritos para sus instintos. Buscan.



Busca, perro. Busca, perro, en la hierba las huellas del hombre de Lagash, busca. Detrás vendrán tus amos con sus lanzas de dos puntas y sus cuchillos de degüello. Busca, perro. Búscame.

(Es inútil. Ellos conocen mejor esta zona y son hombres de piernas fuertes, tanto o más que las mías. Lo único que puedo hacer es...)



(...enfrentarlos.)

(¿ Con qué? ¿ Piedras? ¿ Palos? No hay gente que pueda facilitarme armas en este desierto. Y ellos están bien armados y cuentan con agua y alimentos. Y yo no. Cuando desfallezca me alcanzarán...)



(Una espada... Si tuviera una espada, en el nombre de Enlil...)



(Ayer la tenía. Ayer, no hoy. Ayer cuando llegué a ese pueblecito...)



Ayer, cuando llegué a ese pueblecito...



(¡Ah! Por fin... Creí que nunca terminaría de atravesar ese desierto... Y el sol...)



(¿Dónde estaré? Parece ser un pueblecillo de pastores. Tal vez alguien me pueda orientar sobre el sendero a seguir.)



Esto era una muleta de mi espíritu. Marchaba vagamente en dirección a Akad donde me aguardaba mi amigo Sargón, ahora rey de la ciudad-estado, pero mi camino se bifurcaba demasiadas veces...

La paz sea contigo, anciano.

Siéntate, forastero.



Bebe. Es leche de cabra. Es buena para aquellos que salen del desierto con los labios partidos.

Gracias.



Mientras bebía, una cabeza asomó a espaldas del anciano y unos enormes ojos negros me contemplaron sorprendidos.



¡Métete adentro, Leulen! No debes asomarte.

Sí, padre. Perdona.



Es un estado muy duro el del encierro para una joven, anciano.

Sin embargo es, muchas veces, el más sensato.



Pareces amargado por la posesión de una hija bella.

La belleza en las mujeres es como la miel. Fragante, dulce y deleitosa..., pero también atrae a los insectos.



Me resultó graciosa la comparación del viejo cabrero y me reí.

Las moscas son naturales alrededor de la miel así como los galanes alrededor de una joven. No debes mirarlos con demasiada severidad.



Me miró sombríamente.

Hay ocasiones en que el juego de belleza y galanura se vuelve juego de muerte, forastero.

¿Qué quieres decir?

Veo que llevas espada y pareces hombre de muchas guerras. Tal vez seas bueno o malo, o tal vez lo uno y lo otro, sin embargo me siento confiado en ti. Tienes un rostro noble y no desvías la mirada al hablar.



Con un gesto fácil señaló unas lejanas montañas...

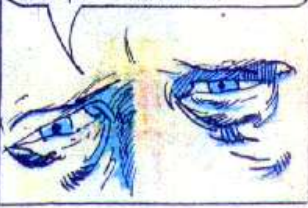
¿Ves? Allá vive una familia de hombres duros. Cazadores que matan todo aquello que aletee, se arrastre o corra.



Visten con pieles sin curar que apestan a cadáver y se dejan los cabellos y las barbas hasta la cintura y viven entre árboles y matorrales como las fieras. Comen carne cruda y su fuerza es colosal.



El padre es Boca de Bronce, llamado así porque es capaz de doblar la hoja de un cuchillo con la fuerza de sus quijadas. A veces consiguen vino y entonces la montaña se llena de hogueras y se oyen alaridos más de bestias que de hombres.



¿Son muchos?

Son tres hermanos y el padre. El mayor es Kafil, Ush el segundo y Armil, el menor.



A veces han venido a buscar mujeres a nuestro pueblo y se las llevan a sus montañas. El único que no tenía esposa era Armil, el salvaje.



Pero ayer la vio en el río. Y enloqueció. La persiguió como una fiera pero Leulen tenía su caballo cerca y pudo huir. Huir. En realidad no ha huido mientras esté al alcance del salvaje. En cualquier momento puede aparecer por aquí.



Se miró las manos viejas y reseca meneando la cabeza tristemente...

Y en ese caso, ¿qué puedo hacer yo...? Excepto hacerme matar que es lo que haré.



Mira allá... ¿qué ves?



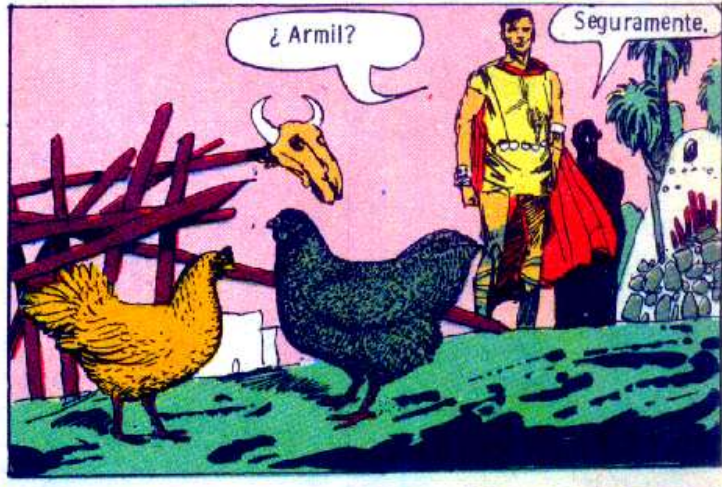
Alguien viene por el campo. Un hombre armado. He visto el sol reflejarse en una superficie de bronce.

(Veo que eres guerrero.)



¿Armil?

Seguramente.



¡Viejo!



Le costaba hablar como si le resultara desacostumbrado. Tenía algo de bestia en su aspecto y en su olor.



¿Qué quieres, Armil, hijo de Boca de Bronce?

Los ojos del hombre giraron en su cara peluda como bolas rojas buscando algo a espaldas del anciano.

Quiero tu hija. Vengo a llevármela.



No, Armil. Mi hija no es una esclava que se pide como si fuera un perro.

Armil no respondió. Gruñó como un cerdo y su enorme cuerpo saltó. Era horrible su similitud en movimientos y gruñidos con los animales con los que debía convivir en las montañas.



¡Fuera! ¡Ahhhh!



¡Ahhhh! ¡Aquí estás! ¡Ven conmigo!

¡No! ¡No! ¡Socorro!



¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

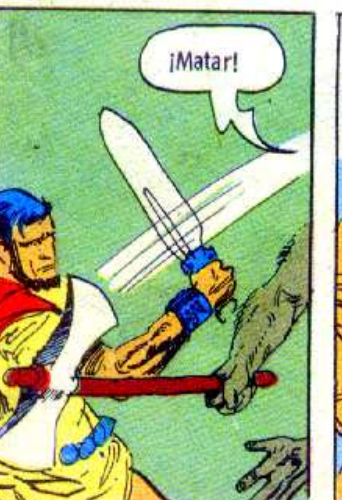
Soy nadie, de ningún lugar. Soy alguien que pasa. Deja a la muchacha y vuelve a las montañas. Una mujer no es ganado.



Armil no escucha... Mata si quiere matar... Lleva si quiere llevar...



¡Y ahora quiero matar!



¡Matar!



El más estúpido soldado lo hubiera matado de no ser por su loca fuerza de mastodonte y aun así tal vez. Su hacha parecía una llama ciega.

¡Mata! ¡Armil mata!



Y de pronto le clavé mi espada en su enorme pecho peludo, fue casi como si matara a un oso o un cerdo salvaje...

¡Ahhhh!

Y de pronto con un alarido se desclavó de mi espada y retrocedió varios pasos. Temblaba de pies a cabeza como un animal herido.



¡Mi padre y mis hermanos me vengarán!



Y girando sobre sus talones hizo lo increíble. Huyó. Sujetando su espantosa herida con las manos corrió por el desierto con la velocidad de un caballo.



A las montañas. A buscar a los suyos. Ya los está llamando. ¿No oyes este alarido?



Sí. Es mejor que huyas, forastero. Yo haré lo mismo con mi hija. Cargaré mi carro y me iré lejos de aquí, a la ciudad de Ur.

Es una buena idea. Yo seguiré hacia el norte.



Ayudé al anciano a cargar su carro y enganchar sus animales. Luego lo miré alejarse...

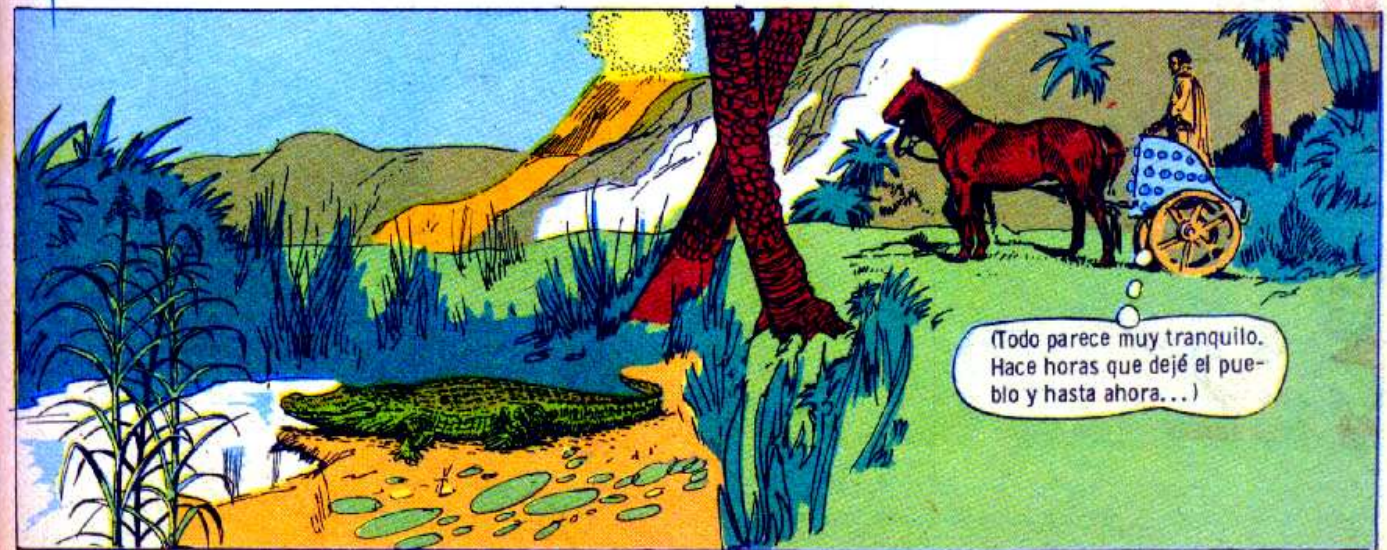
(Yo debo imitarlo antes que los montañeses se lancen tras de mí...)



¡Arre!



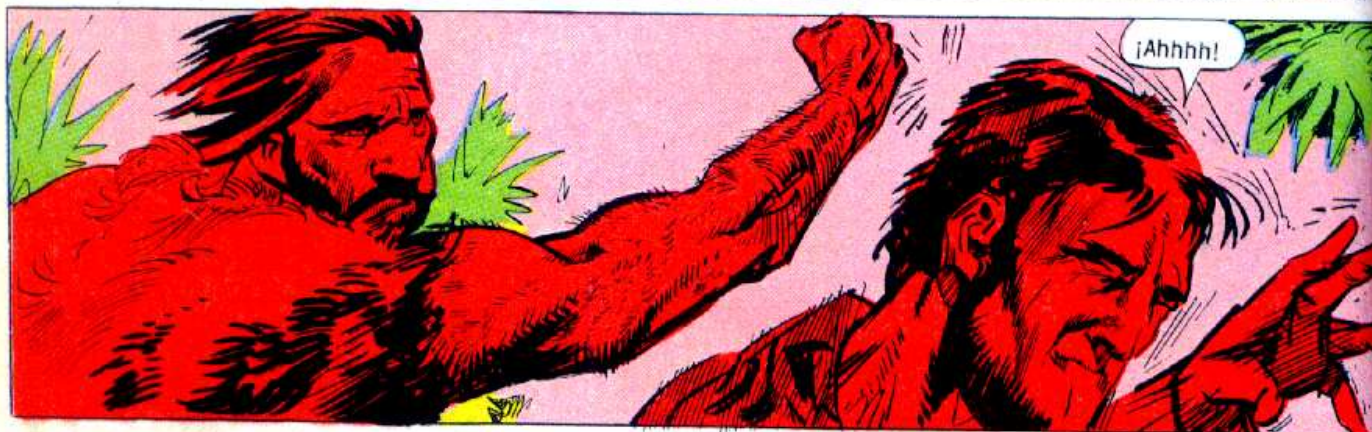
(Todo parece muy tranquilo. Hace horas que dejé el pueblo y hasta ahora...)



Algo me llamó la atención en la arena. Tal vez el reincho de mi caballo.



Y la arena se removió y los cuerpos peludos surgieron entre ella. Treta de cazadores, pensé, y sentí el fétido olor de los cueros sin curtir.



La bruma... Dolorida cortina de serpientes infinitas que no cesan de moverse y cuyo cascabeleo destroza mis sienes...



Has despertado...



Mi nombre es Boca de Bronce... Y tú eres el asesino de mi hijo.



Lo maté en lucha leal.



Ninguna lucha es leal cuando el muerto es de nuestra carne y nuestra sangre. Estás muerto. Lo estuviste desde que te pusiste de pie ante Armil. Alientas aún pero ya estás muerto.

¿Qué harás conmigo?



—Cuando la diosa blanca esté en el medio de la altura negra te soltaré hacia el desierto. Te daremos tiempo hasta que la tiniebla se vuelva luz. Entonces saldremos a buscarte. El que te encuentre deberá traer tu piel para extenderla sobre el cuerpo de Armil en las ramas del árbol donde lo dejaremos.



Descansa. Necesitarás todas tus fuerzas en poco tiempo.





¡Piedad! ¡No me mates! ¡No puedo más!

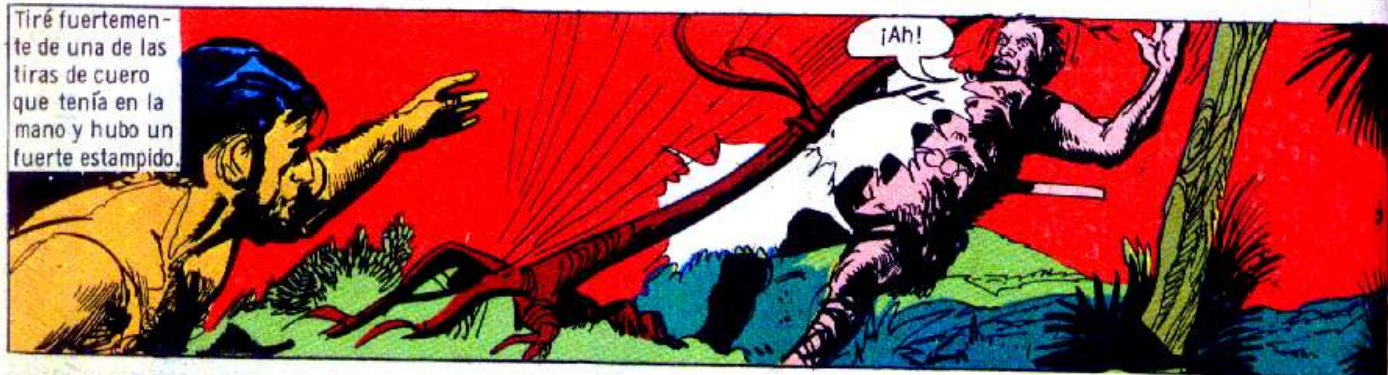
¡Espera y verás!



(Eso es... Acércate por allí...)



¡Ahhh! ¡Ahora te...!



Tiré fuertemente de una de las tiras de cuero que tenía en la mano y hubo un fuerte estampido.

¡Ah!



El golpe le hizo perder el equilibrio y...

¡Ahhhh!



(Se ha hecho pedazos en la caída.)



(Debo huir... Allí llega el otro... Y no he podido tomar ningún arma.)



Ha matado también a Kafil... ¡Lo haré pedazos!



(¿Dónde está? No lo veo...)



(Aunque... Allí, junto a esa roca...)

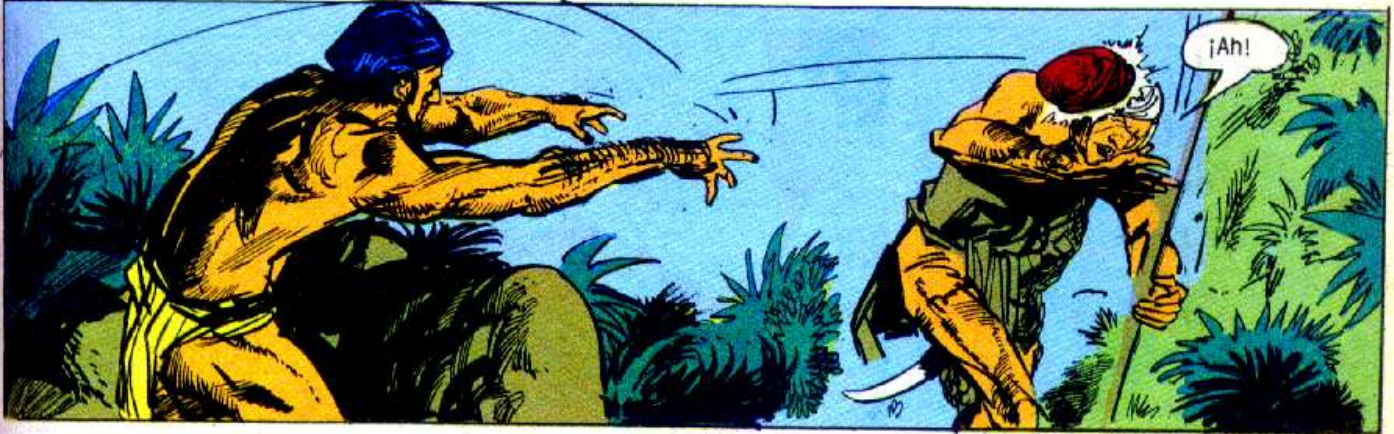
(La tierra está removida... El extranjero se ha ocultado con nuestra misma técnica... ¡Ja!)



¿ Creíste engañar con esto a un cazador experto? ¡Toma!



Veamos ahora... ¿Dónde?



(Jamás creí engañarte, Ush. Lo hice a propósito para que te distrajeras. Y ahora utilizaré tus armas...)

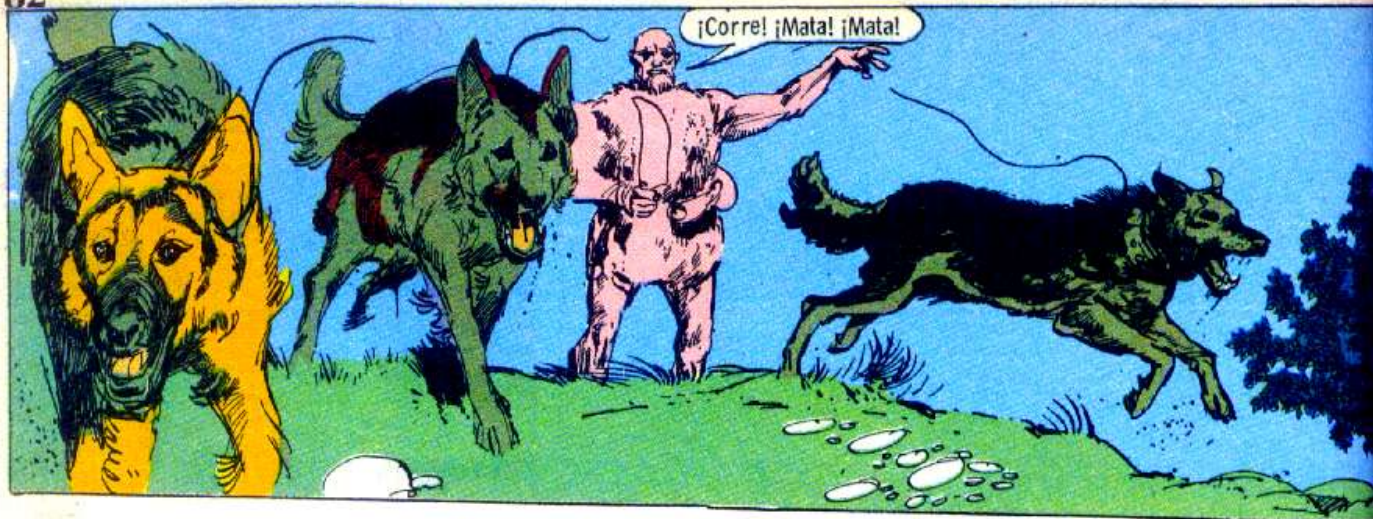


(Allí se acerca Boca de Bronce con sus perros... Esos perros... Pueden destrozarme en segundos... Olfatearían en mí al enemigo...)



(Ah. Los animales sienten la presencia del sumerio. Los dejaré ir. Ellos lo acabarán...)





Un salvaje coro de gruñidos y ladridos fue el corolario de la carrera de los mastines. Boca de Bronce rió torvamente.



De ésta no te librarán ni los dioses, sumerio.



Los dioses tal vez no pero el cambio de mis ropas con tu hijo sí. Los mastines han buscado el olor y lo han hallado. En la locura de la carrera no habrán identificado el olor familiar de Ush bajo mi manto.

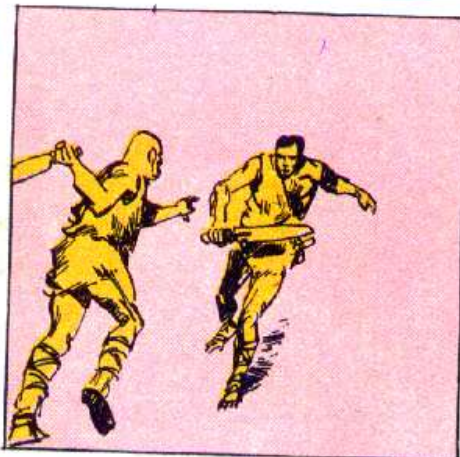


¿ Mis hijos...? ¿ Acaso tú...?

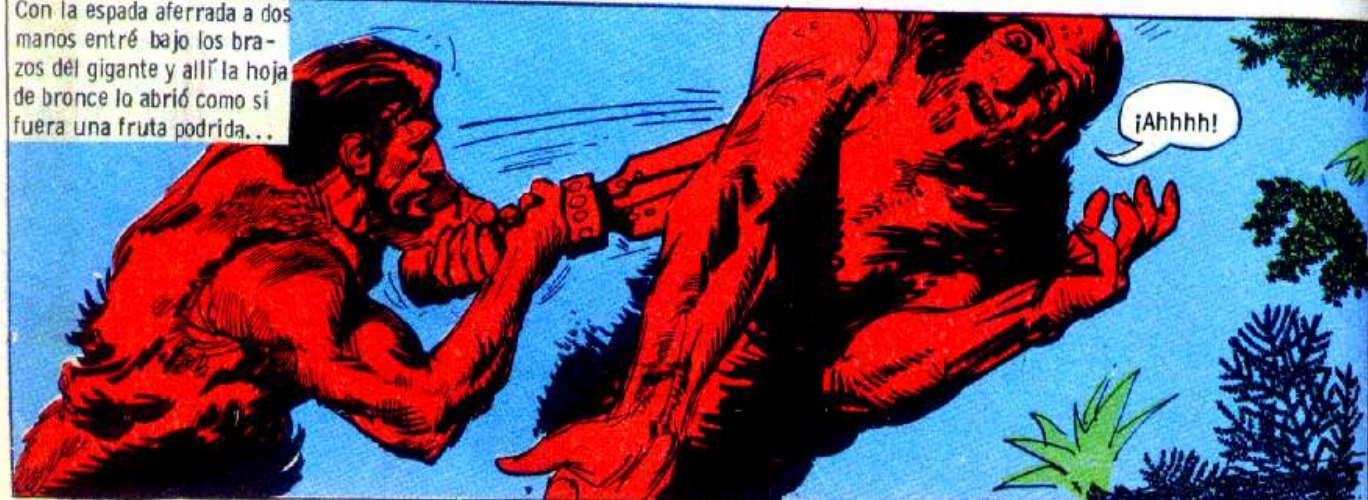
Los dos...



Perro... La muerte te resultará dulce a cambio de lo que te espera.



Con la espada aferrada a dos manos entré bajo los brazos del gigante y allí la hoja de bronce lo abrió como si fuera una fruta podrida...



¡Ahhhh!



Nos... nos has matado a todos...
¿Cómo...?



No es bueno cazar a un hombre. Es un juego
donde la frontera entre víctima y matador no ha
sido bien delineada y puede cambiar en cual-
quier momento.



Como ahora...

Me di vuelta y comencé a ale-
jarme...



¿Qué haces? ¡No me dejes
solo! ¡Estoy herido!



No te dejo solo. No tardarán en volver tus perros...
Volverán enloquecidos por la matanza... y olerán
tu sangre.... No... No te dejo solo...



Te dejo con la muer-
te.



Me alejé y lo oí gritar. No era un grito, era más bien un
bramido espantado. Cerré mis oídos al trémolo de horror
de su voz y apuré el paso. Tenía que recuperar mi carro
y mis armas.

Estaba lejos cuan-
do oí ladridos en la
distancia...



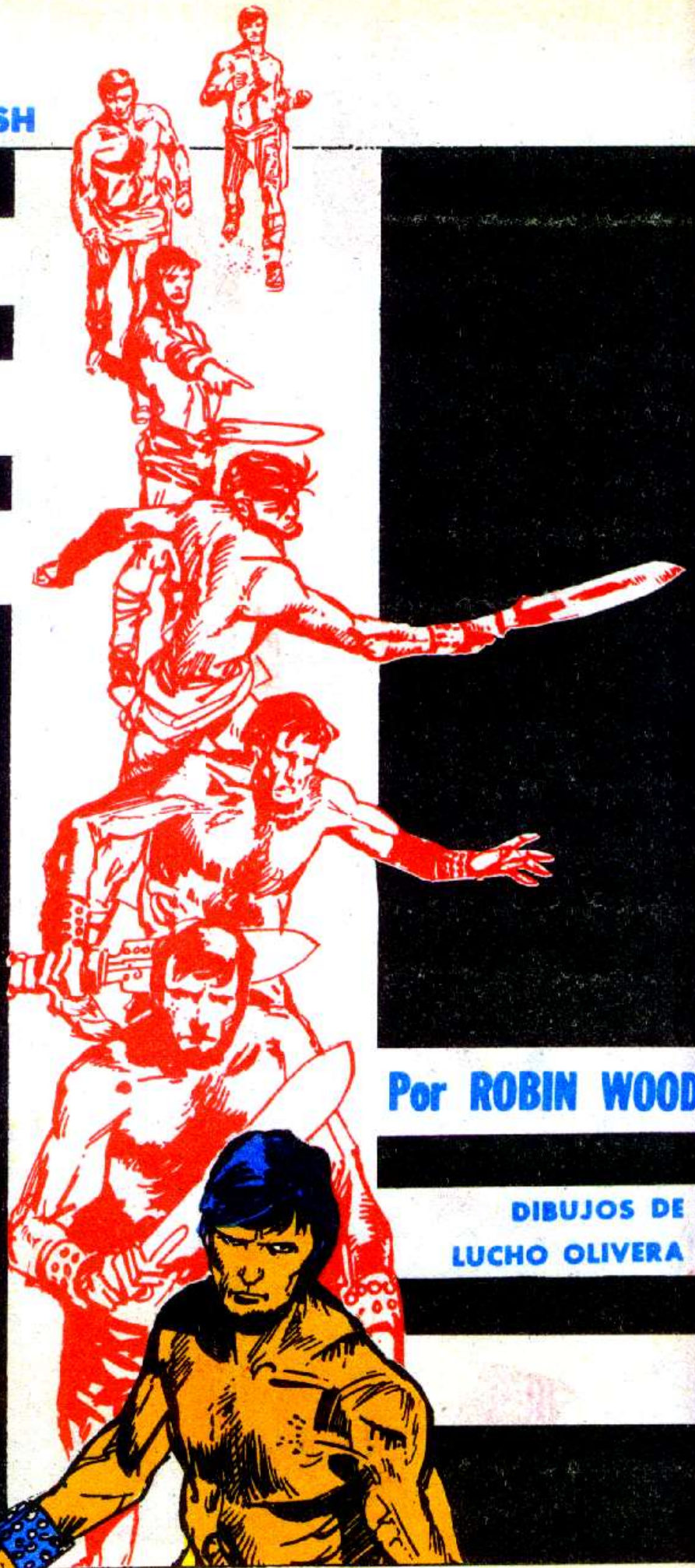
Fin

NIPPUR DE LAGASH

HOMBRES,

DIOSES

Y AGUA



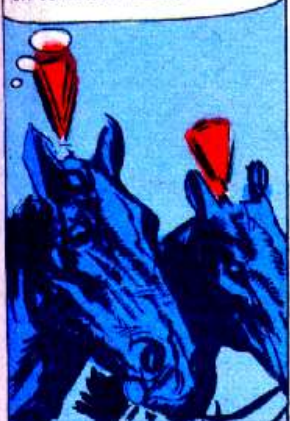
Por ROBIN WOOD

**DIBUJOS DE
LUCHO OLIVERA**



Desde que atravesé los caminos de piedra de aquellas montañas sentí que los aires se enrarecían, como si el humo de una extraña hoguera invisible para los ojos humanos los sofocara, crepitando en silencio y enmudeciendo a los pájaros.

(Hasta mis caballos parecen sentirlo... Están nerviosos y asustados... y resulta difícil controlarlos...)



En lo alto de las montañas de piedra entreví de pronto un destello.

(Creo que... hay hombres entre las rocas...)



(Y en el suelo veo marcas de caballos y pies, marcas profundas. Eso quiere decir que están armados...)



(Y ese extraño olor... ¿qué es?)



¡Alto!

¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué me detienes?

¿Eres uno de los Tres?



No sé de qué hablas. Explícame mejor.



Un hombre joven de aros de oro se descolgó ágilmente entre las rocas y se acercó a mi carro mirándome con cautela. Por fin...



No tiene el tatuaje. No es.

No quiero ser curioso en exceso, pues soy forastero en estas tierras, pero, ¿qué es lo que buscas?



¿Tienes interés tal vez en ganar una cesta de oro del tamaño de la rueda de tu carro?

Verás... soy hombre ajeno al oro, yo sólo sé de la sal y desgracia con que está amasado pero por otros motivos tal vez no resulte perdido el tiempo que gastes conmigo.



Muy bien. Escucha, entonces. Hay tres hombres ocultos en estas montañas cuyos nombres y rostros ignoramos. Todo lo que sabemos es que llevan un extraño tatuaje en la frente y que intentarán matar a nuestro señor, Urulim, dueño de tierras y hombres en esta región.



Un chillido nos sobresaltó. Un viejo cabrero encaramado en lo alto de una roca, increíblemente harapiento y peludo hasta parecer más un animal que un hombre, reía. Era tan deforme y polvoriento que ni habíamos advertido su presencia.

¡Ja, ja, ja! ¡Te olvidas de contar-nos algo!



¡Cuéntale lo de la roca labrada por los rayos frente al castillo! ¡Háblale de la noche en que los alaridos de los asesinados hicieron caer muertos a los pájaros de las ramas de los árboles!



¡Cállate o te...!

No uses armas contra quien no las tiene. Déjalo hablar. Las palabras son lanzas con puntas de aire. Déjalo hablar.



¡Eso es! ¡Déjame hablar! Oye bien lo que te digo, forastero. El hombre del castillo teme hoy la furia de los Tres cuya frente tatuó su padre hace muchas cosechas ya, para que no pudieran jamás confundirse con el resto de los hombres. Hace mucho de esto. Centenares de cabras han nacido y muerto desde entonces.



Los tatuó y luego los hizo huir en diferentes direcciones poco antes que Urulim apareciera inevitablemente tentado por el oro, ganado, tierras y mujeres. El sabía que esto ocurriría y que no podría defenderse pues era pacífico y no tenía gente armada.



Los hombres de Urulim trabajaron como segadores y tuvieron que sacarse las armaduras para matar, pues les molestaban. Cuando terminaron, arroyos de sangre corrían por entre las rocas. Todos estaban muertos...



... menos los tres niños con las frentes tatuadas que desaparecieron. Y a la mañana siguiente entre el terrible olor a muerto que espantó hasta a los buitres, vieron una roca con un mensaje grabado a fuego o martillo...

Muchos dicen que fueron palabras grabadas por el rayo, otros aseguran que fue el mismo padre antes de que lo mataran. Nadie lo sabe. Decía que los jóvenes volverían cuando los torrentes se secaran, cosa que no había ocurrido jamás pues nuestros ríos son hijos de las blancas montañas.

Y sin embargo, mira...

¡Miré y vi los lechos de los ríos, polvorientos y pedregosos, llenos de esqueletos de peces y fantasmas arenosos. Me estremecí.

Veo.

¡Has hablado demasiado, cabrero! ¡Tu cabeza ocupa un lugar innecesario sobre tu cuello!

¡Quieto!

¡Suelta!

No es bueno discutir con un joven fogoso que tiene una espada en la mano. Puede cortarse con ella o lastimar a otro.

¡Quieto te he dicho!

Está bien... ¡Suelta... Me rompes el brazo.

Cálmate entonces. La rabia es mal vino.

¿Y el cabrero?

Huyó.

Sí. Los viejos conocen el valor del momento adecuado.

Y ahora me iré yo. Perdona mi mano pesada pero era una muerte que nada hubiera añadido a tu renombre de guerrero.

¿Cuál es tu nombre? Me resultas extraño.

Nippur de Lagash. Nippur, "el errante". Nippur, el hombre.

Así que eres tú... Extraños días son estos y extrañas gentes llegan a nuestra tierra.

Todas las gentes en los caminos son extrañas. Adiós.

Lo dejé rumiando pensamientos de joven y azucé mis caballos por el camino que corría junto a los ríos secos y hediondos, llenos de esqueletos de peces.

(Extraña historia es ésta...)



Lentamente giró mientras sus dedos de bronce se cerraban sobre el puño de la espada. Vestía la túnica roja de los lacedemonios y era anguloso y pálido. Las llamas crepitaron.



Tenía extraños ojos solitarios y apáticos y entre esos ojos sin juventud y sin emoción nacía el tatuaje que se izaba con sus ramas azules hasta la negra cabellera.

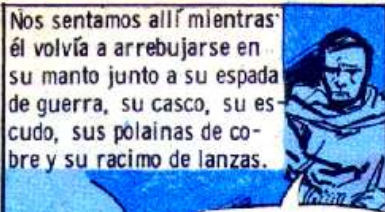


Un viajero. Envaina tu espada y deja que nos acerquemos al fuego pues estamos empapados y tiritando.



Perdona. Acércate. Esperaba enemigos y creí que tú lo eras.

Nos sentamos allí mientras él volvía a arrebujarse en su manto junto a su espada de guerra, su casco, su escudo, sus polainas de cobre y su racimo de lanzas.



Veo que eres guerrero de la Hélade y advierto también que llevas el tatuaje en la frente. He oído hablar de eso.

En efecto. Pertenezco a las hoplitas de Marcarios y luché durante tres mil días en muchos países y en más de ciento cuarenta batallas que llevo marcadas en mi escudo. Me llaman Leomes.



¿Es verdad que esperas a tus hermanos como se comenta en la comarca?



Es verdad. Ellos llegarán.

¿Les enviaste mensajes?



No.

No. No hace falta. Ellos llegarán. Está escrito. Los ríos se han secado y el mensaje fue llevado por pájaros negros.



Sentí entonces relinchos en mis caballos y me puse de pie. Leomes volvió a empuñar su espada.



Tal vez...

No hacía falta ver el tatuaje incrustado en la frente para saberlo. Bastaba con ver sus ojos solitarios, apagados en algún recuerdo lejano, en alguna lúgubre promesa de sangre.



¿Eres tú?

Soy yo, Tirhos.

Vestía ropas de marino y su piel estaba curtida de sal y en la cintura llevaba un cinturón de bronce con cuchillos. Se sentó junto a la hoguera arrojando a su lado un bolso de cuero. Nos señaló.



¿Son amigos?

Sí. Lo son. ¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho en estos años?



Navegué. He recorrido mares. He llegado a tierras lejanas. He visto monstruos de muchos brazos y hombres del tamaño de mis dedos. Y ahora estoy aquí.

Otra vez relincharon los caballos...



¿Será...?

Sí. ¿No hueles?

Yo también oí. Había perfumes de flores en el aire. Olor fresco y fino...



(¿Qué es eso?)

Fue como una llama que surgió del recodo negro. Of tintinear sus joyas pero también sentí el ácido olor del bronce afilado y las cuerdas engrasadas.



Los dioses sean con vosotros.

Siéntate, Napalim. Estos son viajeros que se detuvieron en la caverna. Al menos eso dicen.

Es verdad.



¿Cómo lo sabes?

El hombre alto es Nippur de Lagash, el de las leyendas en los fuegos. Combatí una vez contra él y su amigo Teseo al frente de mis amazonas. Aún lo recuerdo.

No hables más de eso, Napalim. Me hace daño.

Perdona. Ni mis flechas ni mis polainas pueden desmentir la realidad de mi lengua de mujer.

¿Has sido mi adversaria?



Mi reina lo era. Nos aliamos con los piratas del mar para terminar con nuestras patrullas pero fuimos derrotados. Te vi luchar hombro con hombro junto a tu amigo, Ur-Ei, el gigante.



Erais como dioses de espadas relucientes y músculos enormes y no había fuerza que os detuviera. Vi a tu amigo derribar caballos y carros con las manos desnudas y riendo a carcajadas como un niño que juega...

Me puse de pie mientras ellos me observaban con sus extraños ojos sin épocas y sin emociones.



Me voy. En esta reunión estoy de más.

Adiós, Nippur. Cuídate de los caminos. Cuídate de los hombres.



Me separé del cabrero en la lluvia y lentamente comencé a descender por entre las rocas y los arroyuelos de agua. En mi mente un torbellino de luna y tormenta se agitaba.

(¿Qué harán tres contra un ejército?)



Detente, Nippur. Y no intentes tocar tu espada.

¿Tú, otra vez?



Sí. Hemos visto que salías de la gran caverna... y hasta ella hemos seguido a uno de los Tres. Quédate quieto ahora mientras mis hombres los acaban.



La idea me golpeó como una maza. Pensé en aquellos ojos solitarios y las frentes azules ante el fuego.

(No. No lo permitiré.)





Afuera está la noche y la tormenta y en ellas están tus enemigos de frentes tatuadas, y te buscan...



Y es inútil que te escudes en tus guerreros y en las piedras de tu fortaleza. La muerte se ríe de lanzas y murallas.



Te doy vida hasta la mañana. Cuando el sol surja sobre la montaña yo seré despertado con tu cabeza colgada en mis ventanales.



Lo miré y lo vi amarillo de miedo, temboloroso y me pareció que una gran sombra negra se cernía sobre él.



Lo siento, Nippur, hombre de Lagash, pero debo obedecer a mi amo.



Es malo tener un amo pero peor aún es no elegirlo. Lo siento por ti.

(¿Moriré realmente en la mañana? ¿Será que mi sendero terminará aquí?)



(No. Siento en los huesos que mi fin no está aquí. No. Siento a los dioses protegiéndome.)



(¿Y eso? Pareció un gran alarido...)



(Siento corridas... y gritos.)



(Se abre la puerta...)



Ven, Nippur. Puedes abandonar la celda.

¿Qué ha ocurrido?



Ven conmigo. Tal vez tú puedas explicarme qué ocurrió.



Tenía en los ojos hincado un terror tan temible como la espada espartana que lo tenía clavado contra el respaldo de su lecho y en la frente florecía un tatuaje rojo que llovaba arroyuelos de sangre.



Sí. Esta casa fue nuestra y en ella murieron nuestros padres. Aquí murieron primos, tíos y amigos. Aquí han lavado el suelo con vinagre durante años para ahogar el olor de la sangre vertida.



Se contemplaron unos a otros con estupor.

¡Es verdad! ¡Ya no los tenemos!



Es extraño. Como si al morir Urulim, el espíritu furioso de vuestro padre hubiera terminado de morir también.

Observaron el cuerpo en silencio. Un trueno retumbó...

Tal vez sea como dices...



Entonces salgamos de aquí. Esta casa ya no es para pies humanos.

¡Sí. Salgamos de aquí. ¡Rápido!



Desde las rocas más altas cercanas a la casa vimos cómo ésta se llenaba de sombras y luces. Luego vimos el lento correr del agua bajando de la montaña...

La va a cubrir. Está construida en una depresión.



Así fue. Despacio, tan despacio que sólo concluyó de cubrirla al salir el sol, el agua negra y turbulenta convertía todo aquello en un lago estancado y silencioso.

Es el fin.



¿Qué harán ahora?

Volveré con Macarios. Hay más guerras.



Volveré al mar. Mi tumba será de sal.



Volveré con las amazonas. Mi caballo debe relinchar de tristeza al no sentirme cerca. ¿Y tú?



¿Yo? Ya no tengo nada a qué volver. Ni un ejército ni un mar ni un caballo. Mira si seré pobre. Sólo tengo los caminos. Y a ellos volveré.



Adiós, Nippur.

Adiós.

Los miré alejarse a cada uno por su sendero hacia su guerra, hacia su mar, hacia su caballo, mientras las montañas recogían los primeros rayos del sol y yo sentía un gran viento que parecía querer apaciguar a hombres, dioses y aguas. Y en lo profundo de mi corazón deseé que así fuera.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

EL CIEGO REY DEL SUEÑO

Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

La superficie del arenal era infinita o al menos así lo se-
mejaba ante mis ojos. Una gran bandeja color oro perdién-
dose en la distancia sin alteraciones, sin nada que rom-
piera la muerta monotonía del grano de arena.



Arriba, el sol, ese dios quemante y necio, eternamente colgado de su telaraña azul, girando sobre nosotros los míseros hombres. El sol, ese buitre de fuego...



(Podré reiniciar el viaje cuando oscurezca. Ahora sería una locura.)



(Debo aprovechar la sombra.)



(Los pobres...)

El sol oprímia los aires cada vez con más fuerza y sentía el reflejo de su fuego vibrar en el aire como serpientes de cobre. Yo era hombre sin caballos ahora.



Con sólo volver la cabeza podía ver sus cuerpos que se descomponían con rapidez. Ya su espantoso olor parecía una neblina en el aire caliente.

(Esas víboras... No pude imaginar que habría allí un nidal de víboras venenosas...)



(Pero lo había... y quedé sin caballos. Tendré que abandonar mi carro y seguir a pie. Será una pena perderlo pero no queda otra solución...)



Algo hizo ruido en el aire y alcé la cabeza...

(Los buitres... Ya han sentido la carne muerta...)



(Tendré la espada lista. A veces los buitres se enloquecen y no distinguen la carne muerta de la viva...)



(Y estos están hambrientos. No se muere aquí con la suficiente abundancia como para mantenerlos satisfechos.)



(No te acerques tanto, bicharraco. No tanto...)



(No tanto...)



¡No tanto, te he dicho!



¡Por Samás! ¡Están enloquecidos!



Hubo un relámpago pardo en ese momento y un chillido áspero y agudo relampagueó entre los graznidos de las aves de rapiña. Chorros de plumas negras y estrellas rojas salpicaron el aire hirviente...



(Es un pájaro de caza... Como los que usan los egipcios..., pero nunca vi uno de estos aquí...)



Los cuervos huyeron en loca desbandada mientras las garras y el corvo pico afilado destrozaban a los más rezagados.



Ven aquí, amigo. Ven. Nippur te llama.



Hermoso animal. Potente. Hermoso. Y tiene collar de oro y un aro en la pata. ¿De dónde vendrá?



El halcón se elevó de mi mano y se alejó volando... no muy lejos. Volvió otra vez a mí...

(Y se aleja otra vez... Como si me llamara...)



(Los designios de los dioses están en niños y en monstruos, en pájaros y flores... Veamos lo que ocurre...)



¡Corre, amigo! ¡Vuela! ¡Te sigo!



El pájaro de guerra enloqueció con sus graznidos el cielo color de bronce y como una flecha cruzó el aire. Corrí tras él, sintiendo el calor de fuego de la arena bajo mis sandalias.



(¿Adónde irá? ¿Qué ocurrirá?)



(Parece haberse detenido del otro lado de aquella duna. Vuela en círculos allí, chillando. Creo que se ha acabado el camino...)



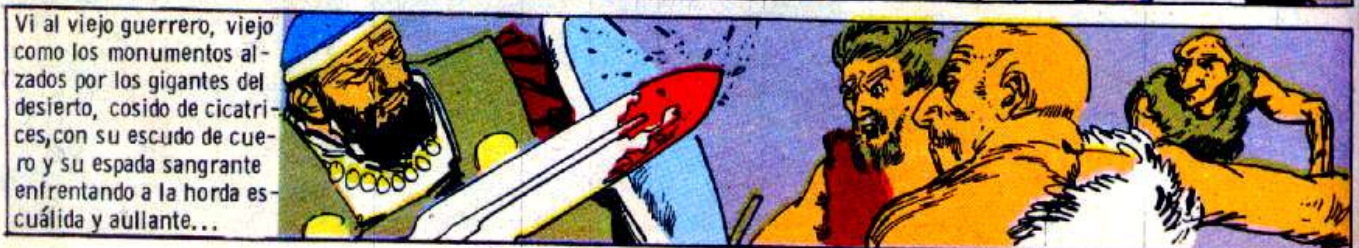
(¿Qué habrá del otro lado?)



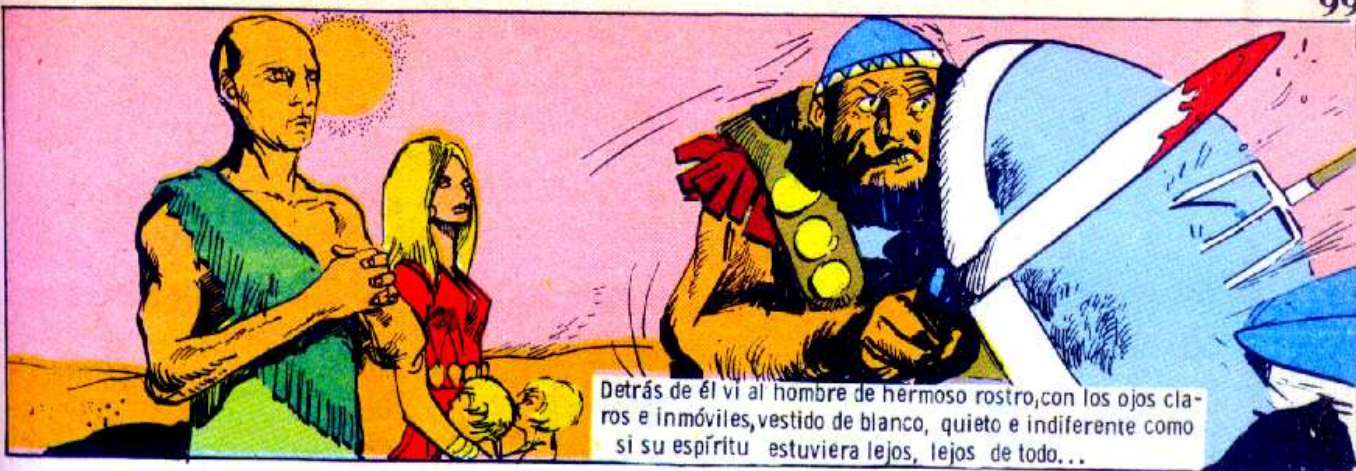
(Aquí es el fin del camino...)



Desde lo alto de la duna dominé toda la escena. Una escena similar a la mía pero con buitres de piernas y corazones de basura...



Vi al viejo guerrero, viejo como los monumentos alzados por los gigantes del desierto, cosido de cicatrices, con su escudo de cuero y su espada sangrante enfrentando a la horda escuálida y aullante...



Detrás de él vi al hombre de hermoso rostro, con los ojos claros e inmóviles, vestido de blanco, quieto e indiferente como si su espíritu estuviera lejos, lejos de todo...



Y vi a la mujer joven, tan hermosa y tan firme como él con sus niños, sus dos niños colgados de la falda. Pude ver en sus ojos que se negaba al miedo con todo el desprecio de un alma soberbia y única.



El alarido de uno de aquellos míseros seres me sobresaltó. De pie en una duna me señalaba. El sol arrancó destellos de oro de sus collares, collares de oro sobre sus harapos de piel de oveja.

¡Un extraño ha llegado! ¡Que muera también!



Eso me despertó. Mientras la majada de chacales se removía al pie de las dunas vi una roca, un extraño misterio en ese mundo sin consistencia de la arena ardiente y salté junto a ella.

¡Quien me quiera que me tome!



¡A él!



Sentí el sudor que corría como aceite sobre mi cuerpo y la roca era caliente y liviana entre mis manos. Soy fuerte como un toro y pocos me superan en los mundos conocidos. ¿Quién se atreverá a tocar al hombre de Lagash?



¿Quién?



Los vi asustados. Vi en sus ojos el miedo de aquellos en quienes el miedo es algo tan consistente como la sarna en los perros o el hedor en la hiena. Ref...

¡Para vosotros!



Desvainé mi espada que lanzó su chillido de bronce contra cuero. Estaba caliente como todo en ese sitio extraño con hervores de aceite y muerte. Bajé hacia ellos.



No sabría decir cuál corrió primero, pero no tardaron en hacerlo todos sin hacer caso de los chillidos de la hiena de collares de oro.



Pensé que no valía la pena gastar esfuerzos y filo en él y recogí una piedra y se la arrojé. Su cráneo resonó como yo esperaba. Con el seco sonido de una vasija hueca.



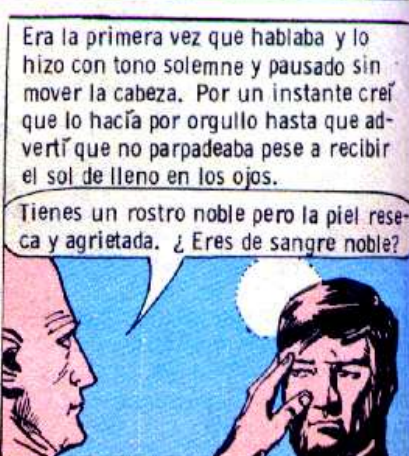
Se fue. Me volví al viejo guerrero. Se había sentado cansado y me miraba. Parecía aún más viejo visto con calma.



Hablaba uno de esos chapurreados dialectos guerreros que se aprenden viviendo años en campamentos.



Acércate tú, el que nos ha salvado. Deseo conocerte.



Era la primera vez que hablaba y lo hizo con tono solemne y pausado sin mover la cabeza. Por un instante creí que lo hacía por orgullo hasta que advertí que no parpadeaba pese a recibir el sol de lleno en los ojos.

Tienes un rostro noble pero la piel reseca y agrietada. ¿Eres de sangre noble?

Nadie tiene sangre en los caminos, excepto la que vierte en su muerte y ésa es siempre roja.
¿Quién eres tú?



¡Soy el rey de todo lo que tu ves alrededor. Soy rey de estas tierras como lo fueron mis padres y mis abuelos y sus padres.

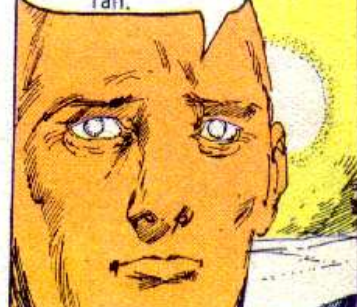


Miré el arena ardiente y luego a Anasharim que se encogió de hombros y escupió con su insuperable destreza de veterano.

Ahora sufro la triste condición de fugitivo. Los pastores mataron a mis guardias y he debido huir para salvar la vida de mis hijos y la de mi mujer.



Mis hijos volverán aquí. Volverán a reinar sobre las montañas y sobre los bosques, sobre pastores y ganados. Ellos volverán.



Calló y sus hermosos ojos ciegos quedaron inertes contemplando algo misterioso y lejano. Mundo ajeno y recóndito de los ciegos. Su mujer me sonrió y hubo una luz superior a la del sol.



Te agradezco nuestras vidas. Gracias.

En ese momento sentí el mugido. Me volví a Anasharim.



¿Tienes animales?

Dos bueyes.
¿Por qué?

Tengo un carro de guerra aquí cerca. Podremos uncirlo a los bueyes y ellos viajarían en él. De esa manera todo sería más fácil.

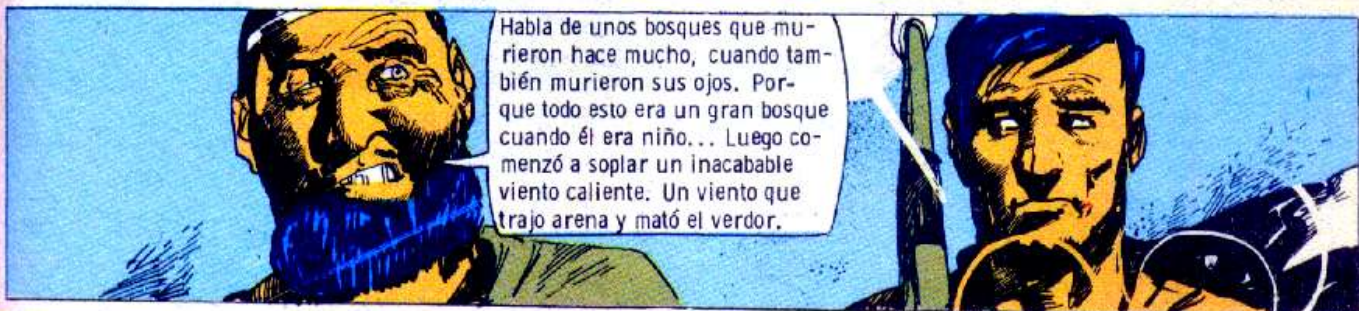
¡Magnífica idea! ¡Llevemos los animales hasta el carro!



Dime, Anasharim, y no deseo que te enfurezcas pero, ¿qué extraña nube flota en el cerebro de ése que se dice rey?
¿De qué bosques habla?



Habla de unos bosques que murieron hace mucho, cuando también murieron sus ojos. Porque todo esto era un gran bosque cuando él era niño... Luego comenzó a soplar un inacabable viento caliente. Un viento que trajo arena y mató el verdor.



El no lo vio. Una caída de caballo lo había dejado en tinieblas para siempre y creció en el castillo donde la tristeza había llegado con la arena. Se casó y tuvo hijos, esos que ves allí. Y todas las mañanas preguntaba por los bosques y todos le respondían que nunca los habían visto tan verdes.



Y los años corrieron y todo lo verde murió y murieron los animales menos unos pocos que fueron conservados con sacrificios y desesperación. El castillo de piedra se llenó de silencio y todos los siervos comenzaron a irse.



Y un día, los pastores, locos de hambre, de rabia y de arena, se abalanzaron sobre el castillo de piedra que ahora estaba ya semiderrumbado. Querían matar algo y no encontraron nada... Excepto a nosotros y nosotros huímos.



¿El está loco?

No sé decirlo. Su bondad es tanta que podría superar en tamaño a este desierto pero vive en aquel mundo que vio antes de que todo oscureciera. Nunca sintió el sol ni la soledad del castillo. Le he oído hablar con los niños y mencionar árboles y bosques y caza abundante. He visto a los niños correr a las puertas, mirar el arenal y llorar.



¿Y qué haces tú con un hombre perdido en sí mismo?



Llegué al castillo siendo él ya ciego y rey... ¡Rey! ¡Bah! Me ofreció su hospitalidad y su casa... Me la ofreció sin preguntarme quién era ni de dónde venía y me sentó a su mesa como invitado... A mí... Claro que sólo había verduras para comer... pero yo nunca fui más que un guerrero de la más baja categoría.



Sus hijos jugaron con mi espada y me tiraron de la barba y supe que desde ese día mi vida estaría unida a la de él. Así ha sido. Y ahora trato de llevarlos hasta el mar donde dejé yo una barca hace mucho. Los podré llevar hasta alguna ciudad. Aún tienen mucho oro para vivir espléndidamente.



Eso siempre y cuando los pastores no nos alcanzan...



El hombre estaba de pie bajo el sol. Sentí una gran ternura ante ese rey ciego y loco.

No te alcanzarán. Yo los ayudaré.



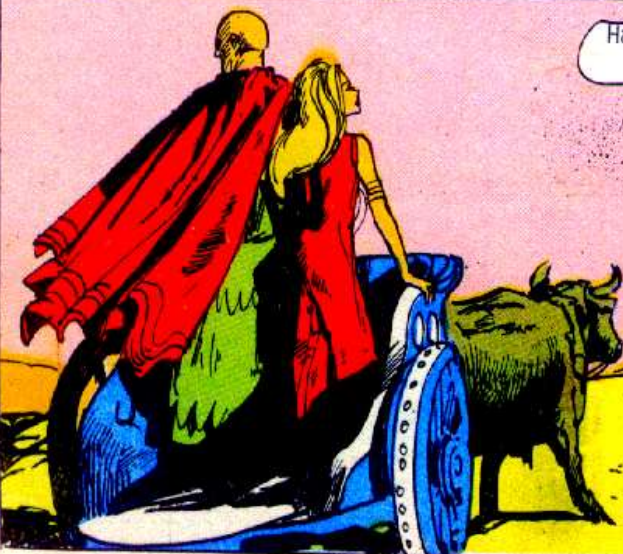
Gracias. Ya habrá algún dios que te lo pague.

Sí. Alguno que no escupa.



Hacia allá está el mar. Llegaremos en dos días.

Ahora es mejor que pienses en acampar. La noche se viene encima.



Esa noche comí con ellos a la luz de una hoguera. El viejo Anasharim insistió en montar guardia.



¿De dónde vienes, Nippur? Háblanos un poco de los mundos que viste. Hace mucho que no oigo una voz extranjera.

Poco te puedo decir, excepto que los reyes y los reinos cambian de nombre día tras día pero no de esencia. Los puñales acechan tras los finos tejidos y son muchas las coronas de oro que cubren una cabeza brutal.



Extendió las manos para sentir el calor de las llamas y sonrió melancólicamente.



Yo soñé con un reino hermoso. Soñé con un reino donde mis vasallos pudieran ser felices y donde los esclavos serían libres al nacer su primer hijo. Quise convertir los nacimientos en milagros para que todos pudieran amarse más.



Quise...

Calló y por un momento sus ojos parecieron de oro sobre el fuego. Sentí algo en el pecho que me oprimía, como si las chispas de aquella maravillosa locura me hirieran, me alcanzaran. La mujer lo acarició, no como se acaricia a un hombre sino como se acaricia a un niño.

Descansa.



¿Duerme?

Sí.



Quedamos en silencio. Luego hablé.

Tenemos que salvar a tu rey, viejo. Tenemos que salvarlo aunque nos vaya la vida en ello.



Veo que también te ha cautivado a ti.



¿Quién podría ser inmune a su hechizo? El fuego de bondad que hay en él podría incendiar el mundo.



Tal vez, algún día el mundo sea incendiado con su fuego. Tal vez aparezcan otros hombres que nos traigan su fuego...

Los dioses te oigan.



Nos siguen.

Reiniciamos la marcha con el sol. Marcha cómoda ahora con el carro y los bueyes. Sólo que...

Sí. ¿Qué quieren?



Tal vez el oro... Pero no lo creo. Creo que quieren la vida del rey. Quieren matar al que saben mejor que ellos. Pretenden justificarse con el oro pero en realidad son como las hienas que quieren matar al león herido.



¡Mira! ¡El mar!



¡Y allí está la barca! Estamos a salvo. ¡Subamos!

Anasharim.



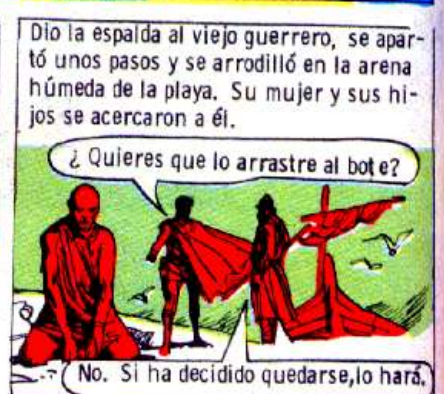
Yo no iré con vosotros. Tú llevarás a mi mujer y a mis hijos a tierras donde puedan vivir. Te llevarás el oro también. Yo quedaré aquí, en mi tierra.

Señor... ¿Bromeas? ¡Te matarán!



Tal vez me maten pero no me harán abandonar mi tierra. Aquí quedaré. Y no discutas. Es la última orden que te doy. Vete. Y cuídalos.

Señor...



Dio la espalda al viejo guerrero, se apartó unos pasos y se arrodilló en la arena húmeda de la playa. Su mujer y sus hijos se acercaron a él.

¿Quieres que lo arrastre al bote?

No. Si ha decidido quedarse, lo hará.



La mujer volvió hacia nosotros. Sus lágrimas brillaban como granos de sal.

Debemos irnos. He hablado ya con él.



Ven. Sube. ¿Qué esperas?

No...



Yo también me quedo con él. No dejaré que los perros lo toquen.

¿También has enloquecido, hombre de Laqash?



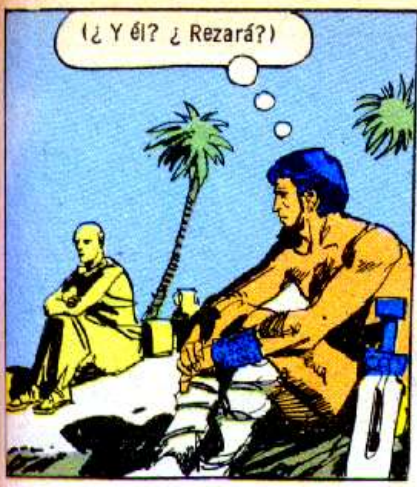
¡Vete! ¡Vete! ¡Sí! Yo también estoy loco! ¡Ojalá hubiera mucha más locura de ésta en nuestros mundos!



¡Ven con nosotros, maldito! ¡Ven!



Vete. Tienes algo muy importante que hacer, viejo guerrero achacoso. Vete.



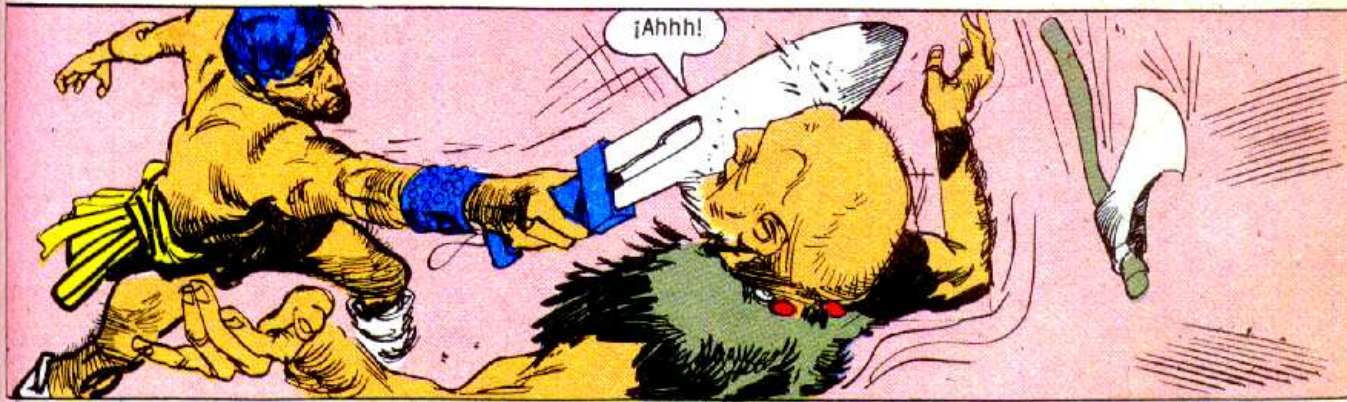
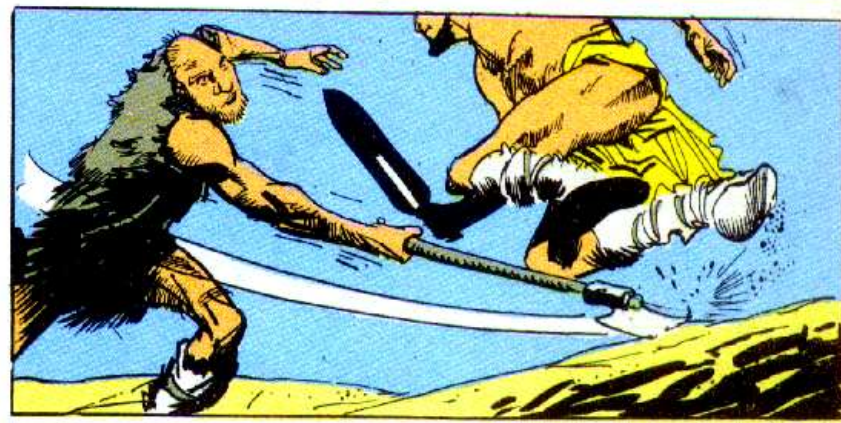
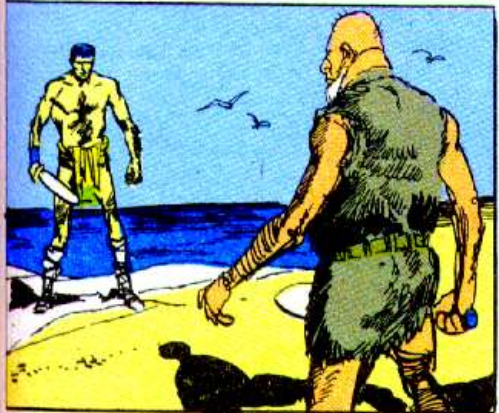
(¿Y él? ¿Rezará?)



(Me quedaré junto a él. Por primera vez en mi vida siento que soy esclavo de un rey. Magnífico rey loco, rey de un sueño...)



(Por él... Contra todo el mundo...)



¡Ahhh!



(Retroceden. No quieren morir. Y todo aquel que intente tocarlo volará a los dioses cabalgando en el filo de mi espada...)



(La noche es fría aquí... ¿La sentirá también él?)



(El sol quema... Y los pastores rondan como chacales pero no se acercarán...)



(No...)



¿Señor...?



Oh, dioses... Vosotros... Los verdaderos... Cuando lo recibáis escuchad el mensaje que lleva... Esos bosques con los que él soñaba no debían florecer en tierra desierta.



El soñaba con bosques que florecerían en los corazones áridos de los hombres. Veía demasiado lejos y demasiado hondo...



¡Perros! ¡Ya no le podéis hacer nada! ¡Ya está más allá de vuestro hedor y vuestra bajeza! ¡Corred y aullad en el desierto! ¡El rey ha muerto!



El rey ha muerto...

Fin

YO VI A GILGAMESH

BUSCANDO SU MUERTE

Por **ROBIN WOOD**

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA





...Era tiempo de cosechas en las tierras que se extienden más al sur de las murallas de la ciudad de Eridu, debajo de uno de los grandes ríos, el Buranum. Era tiempo de que los frutos se abrieran al sol y que las manos de los labradores recogieran el trigo, el alimento, la vida...



Pero la cosecha florecida era cosecha de humo, de fuego, de buitres en bandadas negras, de cuerpos hediendo en los campos pelados, de regueros de esqueletos de caballos y escudos abandonados. Cosecha de guerra.



Miré a ambos lados aquel escenario yermo, que hablaba de un pasado de luz y de vida. Ahora, nada.



Eridu cerró sus murallas y los guerreros de largas barbas llenas de piojos devastaron los campos mirando impotentes sus torres de piedra y de lirando con el saqueo frustrado.



Y bajo mis sandalias las cenizas estaban calientes aún y la sangre no había terminado de secarse. La matanza de hombres y animales fue enloquecida y estúpida.



(Rondarán alrededor de Eridu hasta que no puedan conseguir más alimentos y esto será pronto. Han quemado todo, hombres estúpidos.)



(Me conviene desviarme de estos caminos. Muchos de esos guerreros saben que Luggal-Zaggizi daría una carreta de oro por la cabeza de Nippur de Lagash.)



(Muchos saben que el tirano de Umma no puede conciliar el sueño tranquilo sabiendo que el hombre que no pudo matar en Lagash corre vivo, libre y armado por los caminos.)



Sonreí duramente a los campos quemados y a los esqueletos de caballos.

(Y hace bien en no dormir. Ya le brindaré yo el descanso eterno el día que lo tenga cerca de mi espada.)



(Allá hay un hombre junto al camino. No es guerrero. Tal vez me pueda dar novedades de lo que ocurre.)



Salve, forastero.



¿Qué deseas?

Alzó con lentitud su hermosa cabeza pensativa y los ojos extrañamente antiguos me miraron desde su silencio. Vestía como un viajero y llevaba espada y morral.



Mi nombre es Nippur y busco senderos tranquilos para poder llegar hasta Eridu sin tropiezos. ¡Ayúdame!

Su rostro helado tenía un hábito de grandeza y soledad, una soledad total cobijada en sus pupilas inmemoriales.

¿Tú eres el hombre de los caminos? ¿El de los cantos de vagabundos? ¿El de La-gash?



Si. Soy el hombre de Lagash.



Presta atención, entonces, a lo que te digo. Sigue por el sendero de las rocas. El sol arde en él y nadie lo vigila. Te llevará a Eridu.



¿Y tú? ¿No temes que te hagan daño al hallarte?

Nada pueden quitarme.



La vida...

Nada pueden quitarme...



Adiós, entonces, y gracias por tus informes.

Adiós, Nippur de Lagash. Buena suerte.



Me alejé por el sendero, vacilé y me detuve. A la luz crepuscular y entre las negras columnas de humo, él seguía silencioso en sus visiones.

Tu nombre... ¿Cuál es tu nombre?

Desvió sus ojos de la visión distante entre las humaredas y me miró. Habló bajo.



Gilgamesh.

No nos dijimos más y le di la espalda alejándome hacia las murallas lejanas de Eridu.



En alguna parte un perro aulló lúgubramente. Por todas partes aleteaban los buitres. Gilgamesh, seguía perdido en alguna visión misteriosa.

Esa noche franqueé las murallas de Eridu y los centinelas ebrios de frío y de sueño casi me degollaron por hacerlos apartarse de sus hogueras, pero al fin...



Pasa. Mientras estés en la ciudad tendrás que ayudar si sufrimos algún ataque.

Busqué por las calles tortuosas y llenas de basura hasta encontrar una barraca con luz y voces. Entré en ella y...

Tengo este anillo. Dame comida y vino a cambio.



Hmmm. Está bien.

Dime. ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Gilgamesh?



Como el fuego que se apaga siseando bajo la lluvia, así se extinguieron las voces al conjuro del nombre. Un silencio total se hizo a mi alrededor.

¿Qué ocurre? ¿A qué se debe esto?



¿Has visto a Gilgamesh, viajero?

Sí. ¿Por qué? ¿Quién es él?



El es el inmortal.

Recorrí con mis ojos los rostros que me rodeaban y en todos vi una luz temerosa. Sonreí.



¿Te burlas de mí?



No, viajero. Es la verdad. Ese hombre es Gilgamesh, el hombre sin muerte. Fue rey de Uruk durante las épocas en que las espadas eran de piedra. No sabemos cómo se estancó su edad igual que un río que no corre y quedó petrificado en su madurez.



Tuvo hijos, nietos e hijos de sus nietos que envejecieron y murieron. El sigue allí, en su edad inacabable. El...

El chirrido de la puerta lo interrumpió. Todos volvieron la cabeza y vieron recordada en el hueco de piedra la silueta alta, de hombros tan anchos que casi tocaban los costados, del hombre que viene en el camino.



Es Gilgamesh...

Es el inmortal... Vayámonos...



Nos volvemos a ver, hombre de Lagash.

Así es, Gilgamesh, hombre sin muerte.



Veo que ya las moscas han puesto huevos en tus oídos.

Quando son muchas las moscas es inútil no querer oír su zumbido. ¿Eres lo que ellos dicen?



Sí. Soy un hombre que camina sin la sombra de la muerte.

Es difícil de creer.



¿Cuántas cosas has visto que llamaste imposibles, hombre de Lagash? ¿Cuántos mares de misterio has vadeado?



Tienes razón, Gilgamesh. He visto flores que gritaban y he oído a los cuervos reír. He visto a las aguas cortar caminos por rencor y a cadáveres convertirse en espuma por un deseo de esperanza. A pesar de ello a veces mi mente de hombre reacciona como mente de hombre y cree en los imposibles.



Hablaba con un frío desapego y tal sensación de indiferencia que no le pude discutir.

Somos dos solitarios. Háblame, si quieres, de tu secreto.

¿Te atreves a oírlo?



Yo era rey en Uruk, era joven, fuerte y temido pero no era bastante para mí. Eran días en que los dioses estaban cercanos aún y tu voz los alcanzaba. Yo quería ser inmortal como ellos. Los odié y maldije por ser un humano.



Busqué plantas extrañas en las rocas inaccesibles y en los mares profundos, inútilmente. Presté oídos a hechiceros y charlatanes y por fin tuve que resignarme a la muerte.



Pero un día vi una luz en el desierto y curioso fui hasta ella y hallé a un hombre herido y fracturado a quien auxilié. Era un gran sabio que llegó desde las estrellas en un gran carro de bronce blanco. Me ofreció la inmortalidad como recompensa y acepté. Era mi sueño realizado.



Me bañé con fuego verde que no quemaba y luego volví a las estrellas. Creí que se había burlado de mí hasta que en un combate una lanza me atravesó el corazón. Simplemente me reí y arranqué la punta de piedra y seguí peleando.



Y los días se hicieron años y vi morir generaciones enteras de quienes yo era un lejano antepasado. Amé a mujeres a quienes llegué a ver desdentadas y calvas y vi derrumbarse de vejez las murallas que yo hiciera levantar.

La gente te teme...

Me temen los que no comprenden. Los que no me temen me envidian porque también quisieran ser inmortales.

¿Y tú, Nippur? ¿Qué piensas?

¿Yo?

Yo nada, Gilgamesh. He vivido mucho y sé que es de hombre prudente el no emitir frases apresuradas. Yo no lo haré.

Veo que tu fama de sabio es justificada.

Veo que las moscas también han sembrado huevos en tus oídos.

Brindemos, Nippur. Tú dijiste bien antes que somos dos solitarios. Brindemos por nuestros caminos extraños.

Brindemos también por las mujeres amadas y los amigos de ayer, Gilgamesh.

Así choqué mi jarro de vino con el inmortal en Eridú, en la taberna, mientras en el exterior las hordas sitiadoras aullaban junto a sus fogatas. El resplandor teñía todo de rojo a nuestro alrededor como un presagio.

Y entonces resonó el grito...

¡Cuidado, han arrojado escalas contra las murallas! ¡Todos a defenderlas!

De un salto tomé mi espada y mi lanza. Sólo cuando corrí hacia la puerta vi a Gilgamesh aún sentado.

¿Tú no vienes?

¿Para qué? Todos los que combaten allí afuera morirán de una manera u otra. ¿Para qué luchar?

Sí. No es tu lucha.

¿Y la tuya?

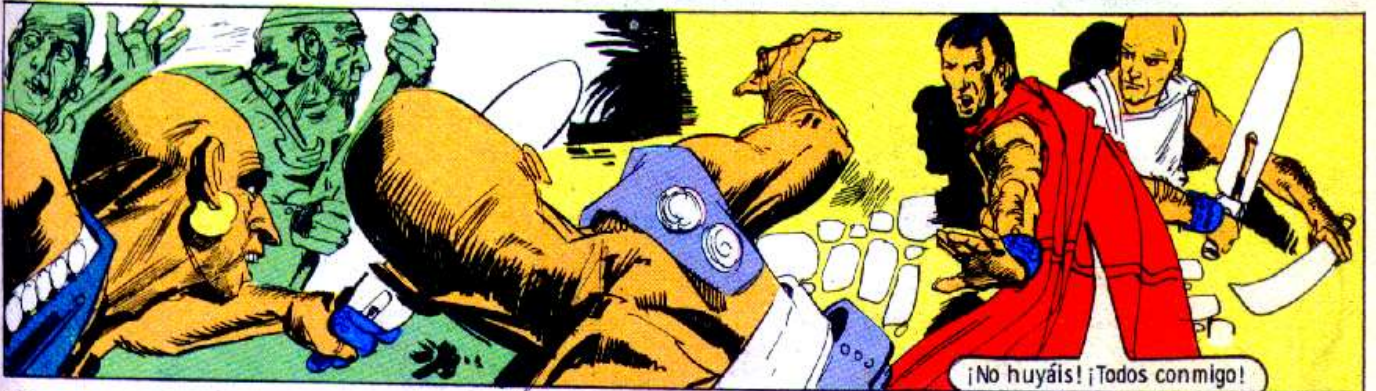
Yo soy un mortal, Gilgamesh. Y mis días están amasados de sangre. Yo debo ir.

Espera, entonces. Te acompañaré.



Las murallas eran un infierno de fuego, sombras y gritos y la confusión golpeaba los bastiones con más fuerza que los arietes. Los atacantes hormigueaban locos de codicia.

¡Los defensores están en retirada!



¡No huyáis! ¡Todos conmigo!

Grité como un loco y maté a uno o dos que querían huir. Los demás, enloquecidos de confusión, se agruparon a nuestro alrededor.



¡A las murallas! ¡Echémoslos de una vez!

Como una oleada embravecida que regresa, la muchedumbre erizada de lanzas embistió a los atacantes. Un grito inmenso hizo palidecer a la noche.



Me abrí paso entre las cabezas barbudas moviendo mi espada con dos manos y sintiendo la sangre salpicarme. Tenía los dientes enclavados y los ojos fuera de las órbitas, casi...

Derribé enemigos de izquierda y derecha, a filo y punta; los trituré con mis manos cuando mi espada se perdió; hallé un hacha y clavé un corredor de carne...



¡Fuera!

Hasta que la aurora espantada iluminó vacilante la fuga desordenada, despeñada murallas abajo de los atacantes...



¡Hemos vencido!

Pero...



¡Gilgamesh! ¡Dioses! ¡Te han...!

Cálmate, Nippur...




Cálmate. ¿Olvidas quién soy?

Miré su rostro pálido y nostálgico e involuntariamente retrocedí un paso. El me observaba con la flecha ensangrentada en las manos.



Sí. Lo olvidé por un momento...

Sonrió de pronto con una sonrisa dulcemente triste, tristemente vieja e increíblemente solitaria, apretando aún en sus manos la flecha ensangrentada.



Yo también lo olvidé por un segundo. Por un segundo sentí la muerte en mí al oír tu voz. No debe ser mala la muerte sintiendo la angustia de un amigo cerca.

Tú y yo habríamos sido grandes amigos.



Tal vez lo somos.

No. Nunca lo seremos. Nunca un hombre podrá ser mi amigo. Jamás.



¡Eh, vosotros! ¡Perros sumerios! ¿Quién quiere combatir conmigo? ¿Hay alguno que sea capaz de descolgarse de esas murallas donde se ocultan como viejas?



¡Espérame, cerdo asesino! ¡Allí voy!



Déjame ir, Nippur. ¿Para qué te arriesgarás tú?

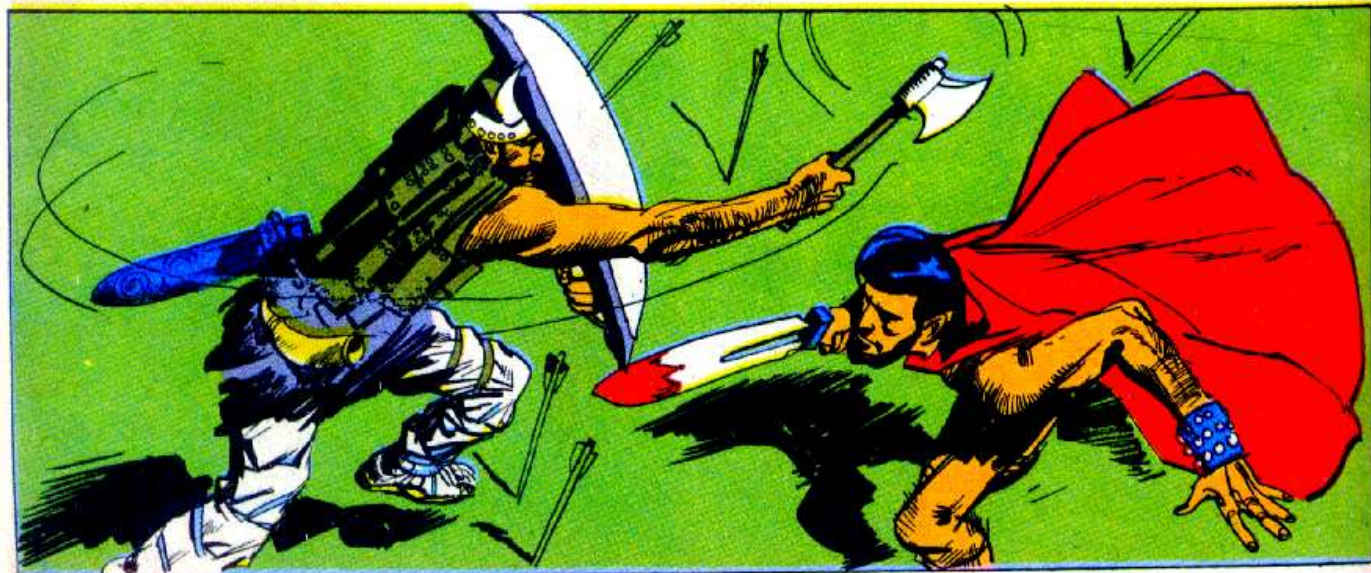
No, Gilgamesh. Si fueras tú, no seríamos justos. Si fueras nos burlaríamos de los dioses. No. Iré yo.



¡Espera! ¡No...!



Me descolgué desde las murallas y vi venir a aquel peludo hombretón. Tal vez era un estúpido que solamente soñaba con una fama que se cantara en los fuegos de los campamentos.



Un tremendo alarido de júbilo retumbó a todo lo largo de las murallas. Ebrío de sangre grité...

¡Aún hay más espadas para los que las quieren...!



En ese instante las grandes puertas de Eridu se abrieron bramando y una muchedumbre se desbocó por ella. Gilgamesh iba al frente.



¡A ellos! ¡Démosles el último golpe!



Los atacantes asesinos no se esperaban aquello. Fue como una avalancha sobre su campamento donde la mayoría se había tendido a reposar tras haberse sacado las corazas. Nunca tuvieron tiempo de calzárselas otra vez.

¡A ellos! ¡A ellos!



Fue el delirio de la muerte. Las tiendas fueron incendiadas y un vértigo de filos y flechas se encendió como una tormenta marina. Y sobre todo ello, Gilgamesh flotaba como un estandarte.

Luego, hasta el último grito cesó...



Lo busqué entre los que volvieron y no lo hallé. Lo busqué entre los muertos y me reí de mi estupidez. Lo busqué hasta que lo hallé caída la noche.



Gilgamesh. ¿Qué haces?

Alzó su hermosa cabeza plateada de luna y vi en sus ojos una sombra negra y terrible. Me miró, ciego y solo en ese campo de muerte, entre ese mundo de muertos olientes a sangre y pelo quemado.



Nippur...

No has vuelto a la ciudad.



No. Allí han vuelto los vivos que festejan su victoria sobre los muertos. Yo he quedado en el lugar que me corresponde.

No te entiendo...



Yo no soy el inmortal como todos me llaman. Nippur. Yo soy el muerto eterno. Soy solamente un espectro deambulando sobre la Tierra. Un cadáver que alienta.

Encabecé ese ataque para cuidarte, para que tu vida estuviera a salvo. Pero luego, durante la batalla, sentí lanzas y espadas atravesándome como las sentí tantas veces antes. Me mataron tres veces esta tarde.



Y me mataron muchas otras veces antes. Me mataron con siglos, con hombres, con mares, con bronce, con piedras, con soga pero mi cuerpo emerge siempre de la muerte como una víbora del agua, burlándose de ella... burlándose de mí también...



Mi cuerpo vive pero mi alma se ha muerto, Nippur. Se ha muerto en mis innumerables muertes, en mis innumerables resurrecciones, en mis miles de años. Soy como la vacía cubierta de una tortuga muerta.



¡Estoy muerto! ¿Me oís, vosotros, los muertos? ¡Yo también estoy muerto!



¡Pero no me dejan morir! ¡No puedo!



No puedo...



Quisiera morir... Quisiera saber que voy a morir para poder mirar los ojos de una mujer y no ver ya su esqueleto a través de ellos... Quisiera saber que me acerco a mi tumba para amar los días que se extienden ante mí...



Y ese día te recordaré, Nippur, hombre de Lagash. Y cuando sepa que mi muerte humana, viva, lógica, me espera, entonces te recordaré y tal vez resucite en mi corazón el sentimiento que me hizo hoy lanzarme murallas abajo para protegerte.



Amigo...



No. No podemos ser amigos, Nippur. Tú estás vivo y yo estoy muerto aunque no lo parezca. Debo esperar por mi vida para volver a ser un hombre y no un fantasma.



¿Qué harás?

Buscaré al mago de las estrellas y le pediré que me devuelva mi muerte. Que me la devuelva para vivir otra vez. Lo buscaré hasta hallarlo esté donde esté. Algún día lo encontraré.



Tal vez entonces pueda llamarte "amigo", estés donde estés. Tal vez nos encontremos en otro lugar aunque yo tarde mucho en llegar. Un día mi espíritu vivo encontrará al tuyo.



Hasta ese día... Adiós...



Adiós, Gilgamesh.



Tú que oyes esta historia, tú que tal vez la descifres desde los pergaminos o las palabras, detente, alza tu vista, mira a tu alrededor...



¿No ves, tal vez, a Gilgamesh? ¿No ves al inmortal buscador de la muerte cerca de tí? Mira bien... Mira con atención... Yo lo vi. Buscaba su muerte. ¿Sabes, tú que me oyes, si la ha hallado?

FIN

ENNAM, EL DE LOS PANTANOS

Por ROBIN WOOD



No era un pueblo, apenas un apañuscamiento de cabañas de piedra y barro con techos de cañas entrelazadas agrupadas al rededor de un pozo de agua. Más allá se veía el reflejo del sol sobre la superficie cenagosa de los pantanos.

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA



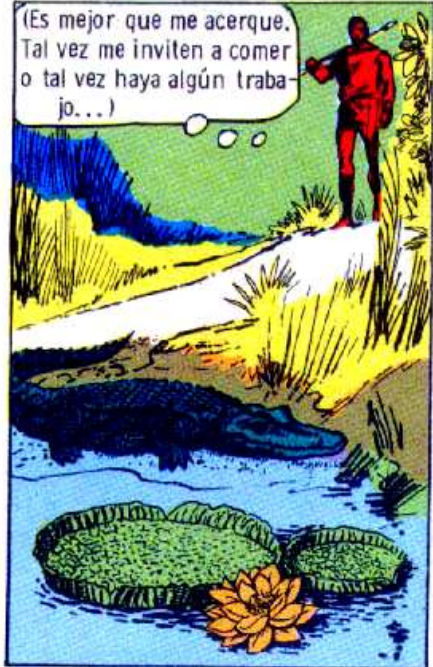
Me detuve allí apoyado en mi lanza, observándolo. El suelo sobre el cual caminaba era húmedo y verdoso y costaba despegar los pies. Los esqueletos de caracoles y cangrejos formaban una corteza crujiente.



Vine a dar a aquella zona pantanosa simplemente perdido en mi deambular. Estaba hambriento pues no había caza en esas tierras blandas y mi carne salada hacía días que se había terminado.



Además, no tenía oro ni plata ni nada de valor.



(Es mejor que me acerque. Tal vez me inviten a comer o tal vez haya algún trabajo...)



(Seguramente alguno de estos insectos del barro es comestible o tal vez haya peces en las aguas pero no tengo conocimiento de ellos...)



Me eché la lanza al hombro y seguí acercándome a la aldea. Un olor dulzón y nauseabundo llegaba desde los juncos.



Mira, padre.



Un forastero. ¿Qué querrá?

Tiene aspecto de hombre pobre.



Los dioses os bendigan...

Pasa, forastero.



La hospitalidad es lema de los pobres para el viajero. El que vive en los caminos sabe que la puerta de un palacio tal vez se le cierre pero nunca la de una choza.

Come con nosotros. No nos falta pescado ni verduras.

Te agradezco.



Mi nombre es Ennimer. Estas son mis mujeres y mis hombres. Soy la cabeza de la aldea.



Soy Nippur, nada más. Solamente poseo lo que llevo encima y un estómago que pide más cuando hay menos.

Todos rieron y un chiquillo semidesnudo y de ojos divertidos me alcanzó una escudilla de vino.

Gracias. ¿Cómo te llamas?

Enmerkar, hijo de Ennimer, el hombre que te ofrece su vino y su comida para que te reconfortes.

Ennimer era un anciano fuerte con las piernas débiles de tanto trabajar en el limo verdoso del pantano. Me senté en su patio, entre sus hijos y su mujer. Todos me miraban con curiosidad pero fue el pequeño Enmerkar el primero en romper el silencio.



¿Eres guerrero?

En cierta forma puede decirse que sí lo soy, pequeño amigo, aunque realmente no formo parte de ningún ejército.



Me sonrió orgullosamente.

Yo toco la flauta. ¿Quieres oírme?



No molestes al invitado, Enmerkar.

No, hombre, déjalo. Sí, toca algo para mí, muchacho.



Su rostro enrojeció de placer y de sus ropas extrajo una corta flauta de cañas, teñida de color azul.

Te tocaré una canción de labradores. Te tocaría alguna canción de guerra pero no conozco ninguna.



Con lentitud, casi con religiosidad, el niño se llevó la flauta azul a la boca. Sus dedos estallaron como chispas blancas sobre los ojos negros del instrumento. Y la melodía se desenroscó en el aire como humo brillante...



El silencio se había hecho a nuestro alrededor y las manos estaban inmóviles sobre las escudillas de comida. Me descubrí a mí mismo, olvidado de mi hambre, oyéndolo extasiado.



Luego, como un sueño que se destruye, o como una flor seca que se pulveriza al contacto del viento, la música cesó.



Muchacho, he visto muchas tierras y he oído a muchos músicos pero jamás he escuchado a ninguno que se te pueda comparar.



Enmerkar es nuestra felicidad aquí en nuestros pantanos. Su música es un presente de los dioses y nos acerca a ellos.



¡Bah! Valdría más que trabajara como todos en lugar de perder el tiempo con su estúpida flauta.

Siempre hay los mismos tipos de hombres en los grupos. Este era el grandulón corpulento y bruto, de cerebro estrecho y vanidad quisquillosa. Tenía arcos y flechas, y las manos ensangrentadas.



Es una boca para alimentar que no gana lo que le das, Ennimer.



Quando yo te diga cómo matar tus presas, tú me dirás cómo educar a mis hijos, Agga. Hasta entonces respétalos.



El grandulón sonrió torcidamente y escupió al suelo. Tenía ojos estrechos y malignos.

¿Y si no...?



El anciano comenzó a incorporarse pálido de ira pero en ese momento el lúgubre sonido de un cuerno resonó sobre los juncales.

¿Y eso?



Es el jorobado. Quiere su comida.

Sí. Prepara rápido algo.



Toma, aquí tienes. Déjalo a la entrada del pueblo.

Descuida...



Sorprendido, vi al anciano Ennimer alejarse con la cesta en dirección a los juncales. Toqué el hombro de la mujer de Ennimer.

¿Qué hace tu marido?

Hay un hombre que vive en los juncales, Nippur. Un hombre gigantesco, jorobado y horrible que aterroriza a nuestra gente. Nos reclama comida y nos dicta leyes.

Lo hará hasta el día en que yo pueda alojarle una flecha segura. ¡Ese día se convertirá en abono para nuestros sembrados!

¡Cállate! ¡No hables así!

¿Defiendes al jorobado, mocoso? ¿Quieres que te...?

Deja al muchacho.

¿Y tú quién eres? ¿De dónde sales y con qué derecho me ordenas callarme?

Me puse de pie y vi que sus ojos me estudiaban. Eramos casi del mismo tamaño, pero su piel era enfermiza y sus músculos fotos. Vacilé y le sonreí agríamente.

No trates de asustarme a mí con tu musculatura, cazador. Matar-te me sería la cosa más fácil del mundo.

¡Tú...!

¡Miren! ¡El jorobado!

Olvidé todo y creo que a los demás les ocurrió lo mismo. Volví los ojos hacia el juncal. El sol comenzaba a descender en el horizonte y un frío húmedo se elevaba de la tierra.

El canto ululante de un pájaro nos trajo a todos a la realidad del momento. En el atardecer gris nos miramos unos a otros. El encanto horrible del monstruo aún no nos dejaba hablar.

Ese era...

Me voy. Debo colgar mi presa...

¿Hace mucho que apareció el monstruo?

Tres años. Un día capturó a uno de los nuestros y le dio instrucciones para el pueblo. Quería comida en cada atardecer o de lo contrario nos haría conocer el horror de su furia.

¿Y qué hicisteis?

Le dejamos comida. Luego intentamos colocar trampas pero las descubrió. Por cada una que colocamos un hombre de nuestra aldea recibió una paliza tremenda.

Uno de nuestros cazadores fue a matarlo y nunca volvió. Desde entonces dejamos de resistir. Le dejamos sus comidas y de tanto en tanto él habla conmigo.

¿Habla? ¿De qué?

De los sembrados. Nos dice dónde trabajar o qué cultivar. Eso es algo que conoce muy bien, y gracias a él podemos tener mejores cosechas de las que nunca tuvimos.

Es extraño...

Volví el rostro hacia los juncales barrocos donde, en estos momentos, en alguna parte, aquel ser de pesadilla estaría devorando su comida, invisible en su universo de fango y caracoles.

Extraño...

Ven. Te indicaré dónde dormirás.

¿Cómo podré pagarte esto? Carezco de todo.

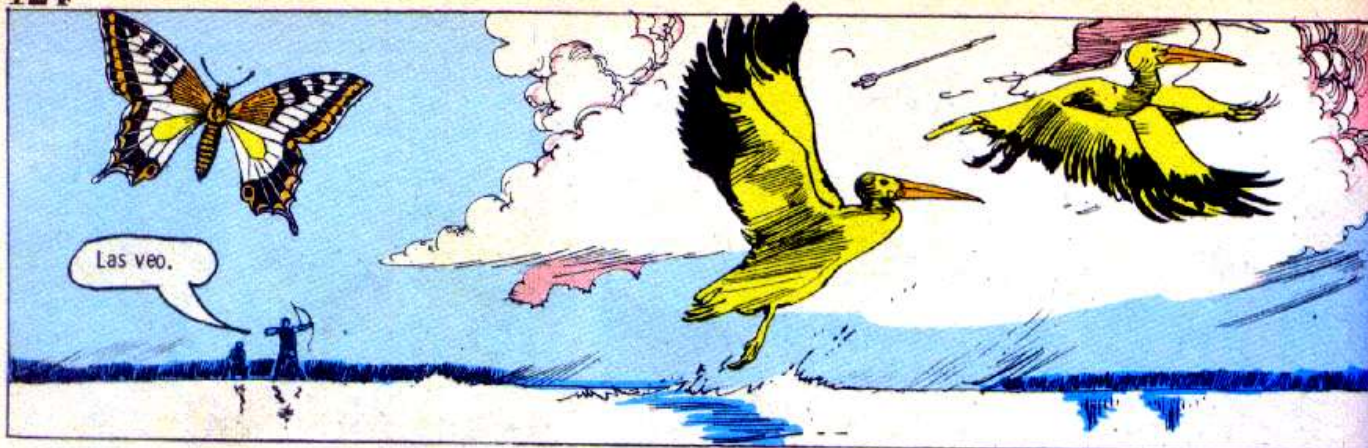
Si quieres puedes ayudarme yendo de caza mañana. Tengo arcos y flechas que manejo muy mal. Tal vez tú lo hagas mejor que yo.

Haré lo posible.

En la mañana me interné en los pantanos. Llevaba arco y flechas y me acompañaba el pequeño Enmerkar.

Por aquí suelen venir las aves...

¡Allá! ¿Las ves?



Las veo.



La caza fue fructífera y volvimos cargados de presas. El viejo Ennimer palmoreó satisfecho.

¿Ves lo que te decía? Hay que saber usar el arco.



Sí. Algo de eso hay.



(Allí va. Creo que lo seguiré...)



(Se interna por los juncales, y marcha muy seguro...)



(Ni se da cuenta de que lo sigo...)



(Pero... ¿Dónde está? Lo he perdido de vista...)



(Un momento... Allí escucho una flauta...)



(Veamos...)



(Allí están...)

El jorobado parecía una sombra monstruosa y deforme, más horrible que nunca comparado con el niño esbulto que junto a él hacía sonar su pequeña flauta azul.



Entonces me puse de pie...

Hermosa música, Enmerkar.



¡Nippur!



¡Quieto o te atravieso!



¡No lo hagas, Nippur!
¡No lo hagas! ¡Ennam es mi amigo!



Cálmate. No pienso atacarlo. Sólo quería asegurarme de que tampoco él me haría daño. Vengo en paz y mis flechas sólo son para las aves.

Esta vez el que habló fue el jorobado. Su voz era ronca y gutural, una voz que no estaba ya acostumbrada a ser utilizada.

Si vienes en paz, nada te haré. Acércate.



¿Cómo nos encontraste, Nippur?

Te seguí. Imaginé que eras amigo de él.



—No entiendo. ¿Cómo sospechaste...?

Por la flauta, Enmerkar. Y por las manos manchadas de jugo azul de tu amigo. Advertí eso cuando lo vi llevarse la canasta.

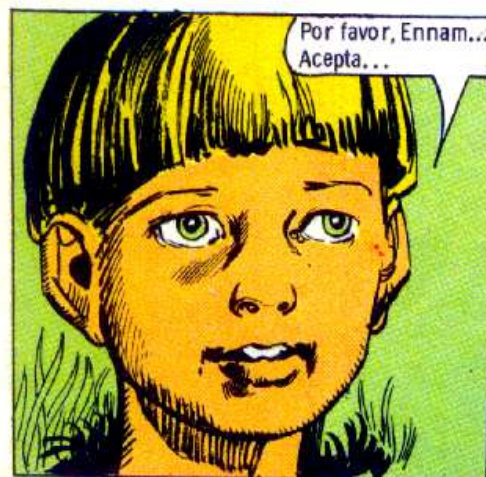


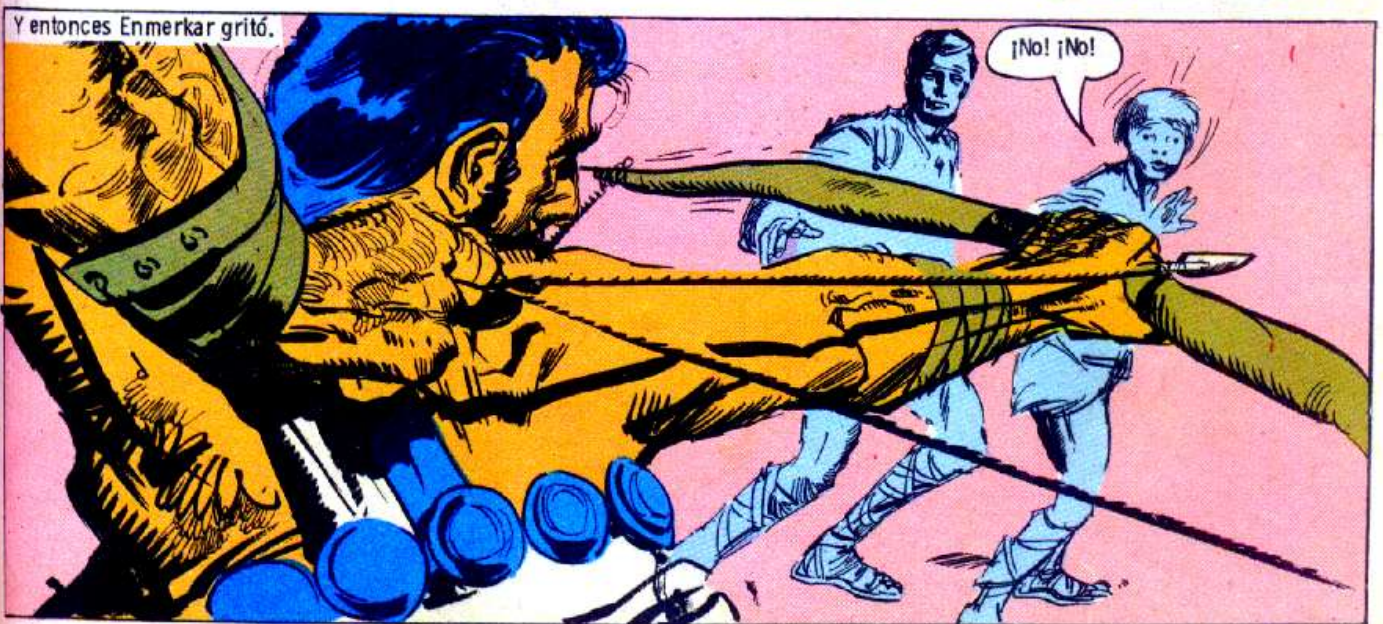
Hay muchos pueblos que conocen el secreto del teñido por medio de jugos de hierbas y creo que tu amigo Ennam viene de uno de esos pueblos. Estoy seguro de que tu flauta es obra de él. ¿Me equivoco?



No. No te equivocas. En efecto, en el pueblo donde yo nací conocían ese arte y yo lo aprendí de niño. Un día oí tocar a Enmerkar y me acerqué a él y al contrario de los demás no huyó al verme. Desde entonces somos amigos.









Y lo vi...



Muy tarde...



Pero...



¿Por qué...?



¡Lo maté! ¡Maté al monstruo de los pantanos! ¡El nombre de Agga será famoso en...!



¡En los infiernos resonará tu nombre, asesino!



¡Ahhhh!



Me volví hacia el cuerpo caído del jorobado de los pantanos. El llanto de Enmerkar sonaba desesperadamente.



Ennam... Ennam...

Luego, sus ojos arrasados en lágrimas se alzaron como buscando algo, como implorando algo y se detuvieron en mí. Musitó entonces con voz estrangulada:



Nippur...
¿Por qué...?



No pude contestar nada. Ni siquiera fui capaz de sostener su mirada dolorosa de niño. Por sobre los juncales fangosos la niebla parecía humareda y por sobre todo ello debía haber un sol que no podíamos ver. Un sol muy lejano.

Fin